



Giorgos Kasapidis

Antología de relatos y poemas



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Giorgos Kasapidis

ANTOLOGÍA DE RELATOS Y POEMAS

Giorgos Kasapidis

ANTOLOGÍA DE RELATOS Y POEMAS

Introducción: Moschos Morfakidis Filactós

Traducción: Inés Girón Cuesta, Tomás Martínez Peña,
Francisco Morcillo Ibañez, Moschos Morfakidis Filactós

Granada 2025

CENTRO DE ESTUDIOS BIZANTINOS NEOGRIEGOS Y CHIPRIOTAS

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos

Directora

Olga Omatos Sáenz

Comité científico

Maila García Amorós, Idoia Mamolar Sánchez,
Panagiota Papadopoulou, Raquel Pérez Mena

DATOS DE PUBLICACIÓN

Giorgos Kasapidis: *Antología de relatos y poemas*

Introducción: Moschos Morfakidis Filactós

Traducción: Inés Girón Cuesta, Tomás Martínez Peña,
Francisco Morcillo Ibañez, Moschos Morfakidis Filactós

pp. 94

1. Literatura Griega Moderna 2. Prosa 3. Poesía

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
www.centrodeestudiosbnch.com

© De la traducción: Inés Girón Cuesta, Tomás Martínez Peña,
Francisco Morcillo Ibañez, Moschos Morfakidis Filactós

Primera edición: 2025

ISBN: 978-84-18948-52-7

Depósito legal: GR 1007-2025

Maquetación: Jorge Lemus Pérez

Fotografía de la solapa: Kyriakos Michailidis

Edición patrocinada por la empresa Raycap

Η παρούσα έκδοση πραγματοποιήθηκε με την ευγενική χορηγία
της εταιρείας RAYCAP

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin la perceptiva autorización.

Índice

Introducción	11
<i>Antología de relatos y poemas</i>	19
En aquel punto	21
Allende	39
El mar de profundis	47
Excavadora de lo invisible	49
Descampado 21	59
La linterna más luminosa del mundo	65

INTRODUCCIÓN

Giorgos Kasapidis nació en 1961 en Drama, donde tiene fijada su residencia. Apareció en el panorama literario de Grecia en 1999, con la colección de relatos *En aquel punto* (Polymenis 2000), aunque su producción literaria posterior se ha centrado principalmente en la poesía, con la edición de cinco colecciones de poemas y publicaciones dispersas en tomos colectivos, revistas y periódicos. A su primera colección, *Allende* (2005), que recibió el Premio Giorgos Athanas de la Academia de Atenas (Kyriakidou 2006, Athinakis 2009), le siguieron *Mar desde la profundidad* (2010) (Serdaris 2011) y *Días de 2013 d. C.* (2013), edición conmemorativa con motivo del año dedicado a K. Kavafis. En todas ellas se puede apreciar su continuo proceso de maduración y a la vez, el afianzamiento de una serie de componentes que constituirán, en lo sucesivo, los fundamentos principales de su poética (Charitos 2006, Tselikis 2017):

- Carácter antropocéntrico, de tipo existencial e interiorista, donde lo personal encuentra lo verdadero.
- Intención de atraer la mirada de los lectores que buscan lo sustancial en lo humilde.
- Evocación de situaciones y escenas que sirven de base para el desarrollo de sus temas.
- Como ejes de su temática destaca la cotidianidad de la vida local (especialmente la de Drama) que actúa como un microcosmos de lo universal y la marginación.
- Profunda sensibilidad descriptiva en la que se elude todo embellecimiento y melodramatismo, hecho que da lugar a un lirismo moderado que coexiste con elementos de realismo poético.
- Lenguaje meditativo, sencillo y en tono bajo, que evita toda grandilocuencia.

- Expresión densa y lacónica, sin explicaciones ni guías orientativas, que conduce al lector a la reflexión.
- Uso del silencio como medio expresivo.

Este proceso evolutivo continúa en la colección *Excavadora de invisibles* (2013), en cuyos veintiocho poemas –algunos escritos ya en tiempos pasados y dos “disfrazados” en prosa– a las sensibilidades de los años anteriores se unen nuevas formas de expresión: la poesía reflexiva se enriquece con nuevas emotividades en la poética, la realidad se expresa como instantánea fotográfica y se enriquece con la estética de la naturaleza, la degradación biológica del ser humano va en paralelo a la degeneración artificial del paisaje urbano, estrechamente ligado a la ciudad de Drama. Ahora los sentimientos pasan por controles intelectuales y con frecuencia se expresan con sarcasmo y autosarcasmo con abundantes juegos de palabras. Desde el punto de vista estilístico, el verso libre se alterna con una mesurada rima; su lenguaje sigue siendo sencillo y natural; se aprecia la presencia de ritmo y de musicalidad producida por diversos tratamientos vocálicos, como la contracción y la parequesis (Faraklas, 2014).

La colección *Descampado 21* (2019) se compone también de poemas de diferentes periodos (el más antiguo data de 1986) en los que elementos poéticos ya afianzados coexisten con otros nuevos. Su lenguaje sigue siendo el oral de uso cotidiano y sus temas giran alrededor del hombre como ser social, tratando situaciones comunes de la vida actual. El paisaje y el ambiente urbano provincial es el marco de las historias, algunas de las cuales, como la emigración o el problema de los sin techo, han entrado más recientemente en la vida cotidiana. No obstante, temas como el amor, la muerte y la libertad se convierten en fuentes de inspiración poética.

Su última colección, *La linterna más luminosa del mundo* (2023), que consta de veinte relatos, es la que mayor interés ha producido en la crítica. En ella, el tiempo alterna entre el presente y el pasado, y se refleja la cotidianidad de diversas personas, sus tristezas, angustias, pequeñas alegrías, dilemas, perseverancias, soledad y problemas existenciales. La narración discurre en el microcosmos personal de los protagonistas, a través de memorias e imágenes cinematográficas que perfilan aspectos de la vida colectiva.

El marco de la mayoría de las historias es la antropogeografía de la ciudad de Drama desde las décadas de los 60 y 80, aunque con incursiones en los periodos de la ocupación germano-búlgara y de la Guerra Civil. Aquí el autor presenta un retrato de la vida provinciana, presente y pasada, cuyas imágenes cotidianas ha captado, como un fotógrafo, en sucesivas instantáneas. Se relaciona con sus paisanos, pero también con otros: invita a Che Guevara a tomar café en la plaza central de la ciudad o visita a célebres personajes de la literatura universal. Con frecuencia hace uso de lo sobrenatural bajando al mundo de los muertos, caminando sobre las aguas, volando sobre las nubes, tirándose del último piso de un rascacielos o siendo atropellado por un tren, aunque luego recobra su forma anterior. De nuevo su expresión es sencilla y natural, pero utilizando a la vez, un lenguaje duro, reflexivo y realista, acorde a los tipos humanos y a las historias que se narran. Enlaza con habilidad lo trágico con el humor, el sarcasmo y el autosarcasmo, lo real con lo imaginario, y lo lógico con lo ilógico (Axiotis 2024). En la descripción se evita el embellecimiento nostálgico del pasado y está ausente todo juicio de valor o cualquier intención de reponer valores perdidos (Chatzimoisiadis 2023). La narración se mueve entre temas melancólicos, duras situaciones cotidianas, representaciones de la naturaleza y escenas urbanas relacionadas con la psicología de las personas (Kougioumtzi 2025). Las historias, aunque parten de lo cotidiano, suelen conducir a situaciones surrealistas que abren el camino a la filosofía popular. Lo insignificante y lo humilde se convierten en más universal, porque consigue liberarse de lo meramente costumbrista para pasar al componente existencial que se esconde tras los sucesos, haciendo que el lector sienta que “lo que importa no es lo que sucede sino la mirada que lo observa, que lo vive y lo convierte en narración” (Papaggeli 2024).

Junto a la poesía y la prosa, Kasapidis ha mostrado una dedicación continua y consecuente en el arte de la fotografía, que se ha visto reflejada en nueve exposiciones individuales, en múltiples colectivas y en varias ediciones impresas. Su recorrido en este campo empezó con dos álbumes de fotos en blanco y negro: *Dentro de los límites* (2003) y *De las calles insignificantes* (2004), ambos editados por el Ayuntamiento de Drama que

argumentó la edición por tratarse de trabajos relacionados con la ciudad, en los que lo insignificante produce el máximo efecto comunicativo.

Al igual que en su producción literaria, la obra de Kasapidis en la fotografía descansa sobre las siguientes bases:

- Mirada desde un punto de vista antropocéntrico.
- Énfasis en lo cotidiano y lo humilde que suelen pasar desapercibidos.
- Uso de marcos urbanos o rurales, construcciones, etc.
- Carácter descriptivo de tonos bajos y sin enfatizar.
- Se evita impresionar o aplicar cualquier estética estilizada.
- Todo indica que más que “mostrar”, lo que hace es “ver”.
- Aplica un estilo minimalista, con composiciones sencillas pero muy sustanciales.
- Utiliza con frecuencia el blanco y negro.
- Intención de captar impresiones de lugar y de tiempo “antes de que se pierdan”, prestando mayor atención a lo que se desgasta y se olvida.

Su concepto sobre la relación de la poesía con la fotografía, se puede apreciar en su obra en las palabras del propio Kasapidis: “Creo que la fotografía es la forma de expresión más sencilla y que se acopla muy bien con la poesía... La gente elige con mayor facilidad una imagen porque es algo más directo, mientras que la palabra viene después. Pero, cuando la palabra tiene fuerza, puede crear una multitud de imágenes y estimular a nuestra imaginación más que cualquier estímulo visual, porque este nos da directamente una información que, sin embargo, no podemos procesar. En cambio, la palabra nos obliga a reflexionar más y a crear nuevas imágenes. Por eso creo que la palabra tiene más fuerza que un cúmulo de imágenes que se van intercambiando...” (*Χρονικά της Δράμας*, 18/10/2019).

Colecciones:

- En aquel punto* [Σ' εκείνο το σημείο], Salónica, *Paratiritís*, 1999 (relatos).
Allende (Αντίπερα), Atenas, Τυπωθήτω, 2005 (poesía).
Mar desde la profundidad (Εκ βαθέων θάλασσα), Drama, Photo/Graphs Studio, 2010 (poesía) https://thraca.gr/2015/03/3_10.html
Excavadora de invisibles [Εκσκαφέας αοράτων], Atenas, Ekdoseis ton Filon, 2013 (poesía).
Días de 2013 d. C. [Μέρες του 2013 μ. Χ.], Drama, 2013 [edición conmemorativa del año dedicado a Kavafis] (poesía).
Descampado 21 [Αλάνα 21], Atenas, Odós Panós - Sigareta, 2019 (poesía).
La linterna más luminosa del mundo [Ο φωτεινότερος φακός του κόσμου], Atenas, Ένμαρος, 2023 (poesía) <https://metabook.gr/books/to-dentro-tis-aghapis-giwrghos-th-kasapidis-697925>

Poemas y relatos publicados en obras colectivas, y en revistas y periódicos:

- Revista *Δίοδος* : 1 (2009), pp. 78-79; 2 (2010), pp.46-51; 5 (2013), p. 26; 7 (2014), p. 52; 8 (2015), p. 128; 10(2016), pp. 51-54; 14 (2018), pp. 108-112; 16 (2019), pp. 92-93; 19 (2021), pp. 142-152.
- ΑΑ.VV., «En los hornos del tiempo» (Στα καμίνια του χρόνου), en Aris Karaiskakis (ed.), *En Drama* [Εν Δράμα], Drama. Empresa de Desarrollo Turístico de la Provincia de Drama, 2002, pp. 70-75.
- «Breve Antología» [Μικρό Ανθολόγιο], *Ποιείν. Revista del Arte Poético*, <https://www.poein.gr/2014/04/17/aethnaio-eaoadhssaco-ieenu-aiei-euaei/>
- 3ο Πανθεσσαλικό φεστιβάλ ποίησης, «Γιώργος Κασαπίδης» (https://thraca.gr/2015/03/3_10.html)
- «Ο Γιώργος Κασαπίδης διαβάζει ποιήματά του...» https://www.youtube.com/watch?v=_o-DDnqumM0

Ediciones de álbumes:

De las calles insignificantes [Των ασήμαντων δρόμων], Drama, Empresa Municipal de Desarrollo Social, Cultural y Político, 2002.

AA.VV., *Tres habitantes de Drama presentan...* [Τρεις Δραμινοί παρουσιάζουν...], Drama, Festival de Cortometrajes de Drama, 2004.

Eventos de Drama [Δράμας δρώμενα], Drama, Festival de Cortometrajes de Drama, 2005.

Presentaciones y críticas (selección):

ATHINAKIS, Dimitris [Αθηνάκης, Δημήτρης], «Η γλώσσα, ο σαρκασμός και η ορμή», diario ateniense *ΑΥΓΗ* (29/09/2009)

AXIOTIS, Diamantís [Αξιώτης, Διαμαντής], «Η παραβίαση των φυσικών νόμων: Γιώργος Κασαπίδης, *Ο φωτεινότερος φακός του κόσμου*, Εύμαρος, 2023». revista digital *Περί ου* (17/02/2024) <https://www.periou.gr/diamantis-axiotis-giorgos-kasapidis-o-foteinoteros-fakos-tou-kosmou-evmaros-2023/>

CHARITOS, Dimitris [Χαρίτος, Δημήτρης], «Γιώργος Κασαπίδης», *Πρακτικά 26ου Συμποσίου Ποίησης του Πανεπιστημίου Πατρών*, Ιούλιος 2006, pp. 293-297

CHATZIMOISIADIS, Panagiotis [Χατζημουσιάδης, Παναγιώτης], «Ξανά για την ηθογραφία; – Ναι, ξανά για την ηθογραφία: Γιώργος Κασαπίδης, *Ο φωτεινότερος φακός του κόσμου*, εκδ. Εύμαρος, 2023» revista digital *Fractal* (14/05/2024) (<https://www.fractalart.gr/o-foteinoteros-fakos-tou-kosmoy/>)

CHOUVARDÁS, Ignatis [Χουβαρδάς, Ιγνάτης], Γιώργος Χ. Κασαπίδης: «Εκσκαφέας αοράτων» revista digital *Διάστιχο* (17/09/2014)

FARAKLAS, Christos [Φαράκλας, Χρίστος], «Presentación de la colección *Allende* de Giorgos Kasapidis» [texto sin publicar leído en el Auditorio Municipal de Drama el 16 de mayo del 2007].

—, «Presentación de la colección *Excavadora de invisibles* de Giorgos Kasapidis» [texto sin publicar leído en el Auditorio Municipal de Drama el 26 de marzo del 2014].

- ΚΟΥΓΙΟΥΜΤΖΙ, María [Κουγιουμτζή, Μαρία], «Για τον φωτεινότερο φακό του κόσμου του Γιώργου Κασαπίδη», revista *Φρέαρ* 11 (abril 2025) (<https://frear.gr/?p=35689>).
- ΚΥΡΙΑΚΙΔΟΥ, Ρία [Κυριακίδου, Ρία], «Για την ποιητική συλλογή *Αντίπερα*», diario de Kavala *ΝΕΑΠΟΛΙΣ* (20/12/2006).
- ΠΑΡΑΓΓΕΛΙ, Christina [Παπαγγελή, Χριστίνα], «Ο φωτεινότερος φακός του κόσμου, Γιώργος Κασαπίδης», revista *Ανάγνωση. Λέξεις και αναγνώσεις* (02/04/2024) <https://anagnosi.blogspot.com/2024/04/blog-post.html>
- POLYMENIS, Thanasis [Πολυμένης, Θανάσης], diario *ΗΧΩ* de Drama (07/01/2000).
- SERDARIS, Vaggelis [Σερδάρης, Βαγγέλης], «Παρουσιάσεις: Γιώργος Κασαπίδης», revista *ENEKEN* (enero-marzo 2011).
- ΣΥΦΙΛΤΖΟΓΛΟΥ, Κυριάκος [Συφιλιτζόγλου, Κυριάκος], «Γιώργος Κασαπίδης. “Ενεστώσα αίσθηση”, Μισές αλήθειες», revista *Δίοδος 66100*, pp. 143-148.
- ΤΣΕΛΙΚΙΣ, Periklís [Τσελίκης, Περικλής], «Η ποίηση του Γιώργου Χ. Κασαπίδη», revista *Δίοδος 66100*, nº 11 (2017), pp. 142-146.
- S. A., «Παρουσιάστηκε η ποιητική συλλογή *Αλάνα 21* του Γιώργου Κασαπίδη», *Χρονικά της Δράμας* (18/10/2019)

ANTOLOGÍA DE RELATOS Y POEMAS

En aquel punto

Paseo con un poeta



Paseo despreocupado bordeando campos sembrados de maíz. Todos rescos, un sol africano sobre nuestras cabezas. Solo cerca del río Angítis¹ se bombeaba agua para la tierra sedienta. En aquel punto se le fue la cabeza a Nikos, el menor de la pandilla, el llamado “poeta”. Con una terrible pasión, arrancaba lo que encontraba delante de él para sembrar sueños. Llegó a las manos con agricultores del campo, lo tiraron lleno de sangre al río.

En el hospital desvariaba por algo inalcanzable... se durmió... se recuperó... viajó un poco por Chipre.

Pasando página, lo volví a encontrar el siguiente verano junto al Angítis podando los sueños, que habían crecido dos metros. Ahora los campesinos le estrechaban la mano y en el río pegaban grandes saltos los peces, disfrutando del grandioso espectáculo...y yo, perplejo, meneaba la cabeza.

No he vuelto a pasear con un poeta.

¹ En griego Αγγίτης. Afluente del río Estrimón en la Macedonia griega que en su mayor parte recorre por la provincia de Drama donde se encuentran además sus nacimientos.

Regreso al futuro en sandalias



A Tasos Giakumis

Con la mano en la barbilla, se sujetaba la cabeza para no desplomarse de sueño, mientras entre la barba mantenía viva la falsa sonrisa, lista para dar la bienvenida a la cartera de cualquier posible cliente. Lo demás sobre servicios sociales, etc. se había derrumbado por aguantar el horario de siempre con la contaminación en constante aumento por el virus del comercio.

Se hizo medianoche. ¿Cómo pasaría otra vez toda la noche? Se acordó del verso de Seferis: "¿Alguien ha pensado lo que tiene que aguantar un sensible farmacéutico que está de guardia?». Una desazón se apoderó de él.

Pasó mucho tiempo y no apareció nadie. Las estanterías empezaron a chirriar. Las cajas de pastillas se movían de aquí para allá, formando pequeños montones. Los jarabes bullían en los frascos y la espuma se desbordaba. Las jeringas disparaban sus tapones, saltaban y se clavaban como dardos envenenados en el techo, en las paredes y en el suelo. Una, sin vacilar, se abalanzó silbando y alcanzó directo su entrecejo. Cayó boca arriba y, justo en el momento en que contempló su súbita muerte por segura, se despertó (como también en otras historias similares) aterrado, con la respiración entrecortada.

Sacudió su cabeza para recuperarse. Enseguida volvió a poner su habitual expresión despreocupada, justo cuando se entreabrió la puerta y entró muy lentamente un hombre pálido, delgado, con la mirada apagada. Sus manos estaban metidas hasta el fondo de los bolsillos de su desgastada cazadora. El farmacéutico, sin preguntar nada, le dio las pastillas y jarabes de siempre y, con un gesto con las manos, indicó “bueno, pa’ la próxima», en cuanto al pago. No peligraría de ninguna manera su vida, independientemente del aburrimiento y los fracasos.

El frío sudor momentáneo se convirtió en dolor de cabeza. Tomaría una aspirina, pero temió las consecuencias en su estómago vacío. Miró inquieto su reloj. Las dos y cuarto. Ya no aguantaba más.

Abrió rápido el cajón y sacó el rotulador grueso. Arrancó una hoja del calendario y escribió dos frases detrás. Sonrió como conspirando con esta idea y, luego, pegó en la puerta el letrero: “VUELVO ENSEGUIDA, EN 40 O 50 AÑOS, COMO MÁXIMO EN UN MILENIO». Salió y echó la llave apresuradamente.

Caminó un largo rato por las calles medio oscuras. Al lado del antiestético edificio del Ayuntamiento, dos jóvenes hacían grafitis en las paredes. Pidió que le dieran spray y les ayudó a colorear un enorme ojo poligonal en forma de golondrina. Al lado, dibujó (lo de siempre) formas extrañas de caballos, enredadas magistralmente, con ventanas, lunas y antorchas. Un poco más abajo terminó con la consigna:

“MATARRATAS AL PRESENTE INSULSO
REGRESO AL FUTURO EN SANDALIAS»

Los jóvenes no entendieron bien su estilo, pero lo aprobaron levantando el pulgar. Les sonrió con complicidad, tirando al suelo un bote vacío de spray con una primera patada. La respuesta a la llamada de los instintos futboleros fue inmediata.

Jugando con pequeños pases, bajaron los tres la cuesta hacia el centro de la ciudad. Justo cuando se ponía emocionante el partido, con un pase descarriado, envió el bote contra el imponente escaparate iluminado de la comercial tienda de cosméticos. Al momento saltó la alarma.

Sin tardanza, después de intercambiar una rápida mirada, todos corrieron muertos de risa como compañeros de la misma quinta a esconderse en la alejada galería oscura al este de la plaza. El farmacéutico, haciendo caso omiso del deterioro de su nuevo pantalón, se acomodó a lo largo y ancho de la sucia acera. Su dolor de cabeza, completamente ignorado desde que cerró la farmacia, le abandonó, dándose por vencido en su intento de acabar con él.

Por primera vez después de veintitantos años brilló en su rostro el sagrado gamberrismo adolescente. Tanto, que podría, sin ningún reparo, saltar las vallas, como antaño en su barrio de Ampelokipi², para robar, cosechar, saborear ciruelas inmaduras.

² Barrio de Drama situado en el sur de la ciudad.

El cajero



*A Jristódulos Diamandópulos,
cajero central del Banco de Crédito*

Si los billetes fueran cartas de amor de su amada, tranocharía insaciablemente todos los días en el banco leyéndolas, hasta quedarse ciego de deseo. Y nunca se lavaría sus manos bien, por temor a los ataques de muchos virus.

Sin embargo, destrozaba este lejano sueño, contando cantidades tediosas, a menudo con muchos ceros, arrodillándose como todos contra su voluntad, ante el altar del necesario dios universal.

Los devotos al Dinero acudían en masa diariamente a su ventanilla para el más impío ritual. Se cansó de ver rostros impersonales coger y dar ilustradas letras de cambio sin alma. Se hartó de contar una y otra vez, se cansó de cerrar la caja cada mediodía por si veía cara a cara el espeluznante rostro del Error. Aunque digan que los errores son humanos, no es lo mismo de inocente cuando anidan en medio de muchísimos millones.

Con los recientes tics en la mano derecha y en el ojo izquierdo, una mañana de lunes se quedó parado en la entrada del banco. Dudando si entrar,

observó apenado y tuvo una infinita envidia de la figura en calma del lotero con la mesita encima de la acera, con los boletos extendidos bajo las piedrecitas, para que el viento no se llevara la mercancía de la esperanza... Admiró a los escasos clientes que hacían efectivo con ganas el deseo de la gran fortuna con un único movimiento en la cartera. Él, dentro de poco, tenía que enterrarse en una montaña de billetes, en rascacielos de monótonos fajos, en un canje de valores sin ningún valor moral en absoluto. Las teclas de la calculadora se pegarían o, peor incluso, se clavarían en sus dedos. Antes de acabar su jornada, entregaría sus últimas reservas espirituales en la necesidad de convertir toda esta tortura en un inmenso número tirano.

Miró a lo alto del cielo. Ningún indicio de lluvia. Miró por segunda vez el apacible semblante del lotero. Lento pero seguro dio la espalda al edificio del banco y empezó a gritar con todas sus fuerzas frases incomprensibles, todo lo que se le ocurría, llamando, más bien reclamando, la atención de los transeúntes. Se afanó un rato para que lo tomaran sin reservas por "loco". A continuación, sin ninguna vacilación, se dirigió apresuradamente al parque municipal, trepó al plátano más alto y empezó a trinar como un pájaro hasta que le pillara la noche...

El guarda del paso a nivel de Ampelokipi



Se sentaba durante horas esperando sentirse vivo sólo unos pocos minutos de la guardia. Algunos momentos del paso del tren y, después, de nuevo nada. Años como un fantasma en la pequeña garita de madera, sentado sobre una silla desgastada... Mediodía de verano. Apenas doscientos metros de su total atontamiento, todo a punto en la estación, el tren silbaba para salir.

Se levantó perezoso, bajó como siempre las barreras para cerrar el paso a los coches y se preparó para dar la señal habitual al maquinista.

Se acercó a las vías. El sol quemaba su rostro, pero algo le quemaba más profundamente en su interior. No lo había planeado previamente, ni siquiera comprendía cómo de pronto se le había clavado en la mente esta arriesgada idea. Retrocedió, cogió su silla y se plantó de pie justo en medio de la vía con las manos en alto, como si la amargura de la vida le hubiera puesto la pistola en la sien.

El maquinista del tren consiguió, con esfuerzo, parar apenas cinco metros delante de él y bajó, fuera de sí, pidiendo explicaciones. El guardabarreras, haciéndose el alterado, empezó a hablar sin decir nada sobre averías, omisiones... señaló algo, empujó, corrió, saltó sobre la máquina del

tren y activó inmediatamente todos los mecanismos de marcha. Ya nadie podía pararlo. La silla salió disparada hecha pedazos por los aires y de inmediato se abrió ante él el horizonte, una nueva página en el tiempo.

Como si se hubiera despertado de una hibernación, todos sus sentidos luchaban por moverse con nuevos y rápidos ritmos. No tenía intención de hacer ninguna de las paradas usuales. Pronto pasó las primeras estaciones de Nikiforo y Plataniá³.

Corría a una velocidad claramente mayor de la prevista en este recorrido, como si quisiera conocer en poco rato lo que no había vivido hasta aquel momento. No redujo ni siquiera en las dos curvas más peligrosas de inversa inclinación. Las ruedas de hierro chirriaban salvajemente en las vías, lanzando chispas endemoniadas. Se libró, por un pelo, tres veces del descarrilamiento.

Ya no le importaba nada. Él, un guarda perennemente encarcelado en la celda de su guardia, el olvidado de los sonidos de toda nueva música. Estaba conmovido, sólo con la idea de conducir descontrolado una fila entera de vagones llenos de confiados pasajeros.

El continuo cambio del paisaje y el sonoro galope dispararon la adrenalina. La feliz excitación se convirtió en angustia solamente cuando comenzó el thriller con los túneles. Desde pequeño no soportaba ni un minuto la absoluta oscuridad que ahora debía superar, atravesando decenas de requetenegras galerías. Por autodefensa instintiva, cerraba los ojos hasta la salida y sentía que se hundía en sí mismo. ¿Cuándo saldría de su propio túnel?

Todo había pasado tan rápido que poco a poco veía más claro que el repentino salto a lo desconocido no tenía ninguna perspectiva. ¿Podía impulsar la decisión hacia el final? ¿Cuál sería el final, y después qué? Le bañó un sudor frío cuando fue consciente de que, por mucho que aumentase la velocidad del tren, no tenía ningún control sobre el recorrido. Ninguna posibilidad de desviarse ni a derecha ni a izquierda.

³ Nikiforos y Plataniá son dos pueblos en el noreste de Drama a principios del conjunto montañoso de la cordillera de Rodope.

Ahora podía entenderlo, lo sentía muy dentro: que el silbido de los trenes no anunciaba la llegada o la partida, sino que bramaban hastiados de la constante repetición de la misma ruta preestablecida sobre los mismos raíles oxidados.

Sus pensamientos se difuminaron solamente cuando entró en el valle de los Tembi del río Nestos⁴. En la orilla derecha, el divino río en aquel punto, hacía discurrir orgulloso sus aguas en encantadores meandros. Por todas partes la vegetación era exuberante y, alrededor, se erigían grandes formaciones rocosas que parecían fortalezas inexpugnables. Pero un espectáculo más impresionante ofrecían a ratos enormes arenales solitarios que harían envidiar a muchas playas cosmopolitas.

Casi mecánicamente, sin darse cuenta, aminoró por primera vez al máximo y sacó la cabeza por la ventanilla. La fragancia del aire acarició dulcemente su cara, hasta que empezó de nuevo la angustiada lucha con la oscuridad de los túneles. Pero ahora estaba seguro de que se imponía salir a la luz.

Pocos kilómetros después de la vieja estación de Liverá, pisó el freno e inmovilizó el sueño de la gran huída. Abrió la puerta y corrió al abrazo del río. Se quitó la ropa, se zambulló completamente desnudo en la límpida corriente del agua y se volvió a bautizar. Rejuvenecido, avanzó hacia las colinas rocosas con grandes grutas naturales. No sabía adónde lo conducirían los pocos pasos escabrosos, pero quería fijar bien la mirada desde lo alto.

Desde la cima se veía todo diferente. El inmovilizado tren parecía un ciempiés embalsamado mientras, a su alrededor, se movían diminutos e insignificantes los sufridos pasajeros. El río bajaba poco a poco en forma de serpiente. Lo hacía desde hace siglos, siempre en el mismo recorrido, en su mismo sufrido lecho. Como destino ineludible, su desembocadura al insaciable mar abierto. Las traviesas cabras del despreocupado pastor volvían como cada atardecer al redil, casi desde los mismos senderos.

⁴ Nombre que se da a la garganta que sigue el flujo del río Nestos en el sur de la cordillera de Rodope entre los pueblos de Stavrúpolis y Toxotes en la Tracia griega.

Solamente las blancas garzas volaban de aquí para allá, a todas partes, sin rutas aéreas específicas, sin rutas preestablecidas y, cuando les apetecía, podían fácilmente emigrar a otros lugares. Intentó seguirlas con la mirada, con su alma, con todo su ser, su libre vuelo, esperando que sus blancas alas le siguieran en cada nueva peregrinación.

La silla en medio del campo



Nunca entendió qué culpa tenía en su destino fatal para acabar siendo un objeto inútil, desheredada a merced de las aves y de los campos, en el borde del monótono paisaje.

Sábado a mediodía tuvo lugar la degradación. Junto a otras pequeñas cosas, en nombre de un supuesto adecentamiento, la tiraron sin remordimientos (doce años en los bastiones en la historia de la oficina) en un montón de escombros, a dos kilómetros, al oeste de la ciudad. Allí la encontró y recogió en estado lamentable el tío Giannis, el viñador. Ya el mismo día, la puso junto al árbol más grande, pocos metros fuera de su campo.

Por desgracia para ella, el inocente labrador no le restableció nada de su viejo esplendor ni se preocupó de protegerla de tormentas, heladas y olas de calor, ni de la soledad, ni de las interminables horas sin sonidos humanos. Sin embargo, se consolaba con que, al menos, estaba de pie, con cierta dignidad, aunque rudimentaria.

Todo esto hasta que la descubrió un mediodía la mirada indiscreta de un fotógrafo que, sin preguntar a nadie, la capturó completamente desaliñada en la película, con una bolsa de herramientas encima. Más la irritó el hecho de que la contemplara como un simple decorado, una excusa más para la creación artística. En pocos segundos, consiguió aprisionarla en su repulsivo aparato y, luego, la pasó por medio de la cámara oscura a la inmovilidad del cuadro.

Para algunos engréidos sería un gran honor mostrarse bajo los focos de una exposición internacional pero, para ella, no había ningún sentimiento positivo, sino solo humillación y el completo escarnio, cuando todos se referían a la foto simplemente con el título “Silla con árbol”. El soberbio fotógrafo se enorgullecía con los comentarios que hacían los especialistas sobre la perfecta composición de los objetos.

Peaje



Interminables colas de coches, camiones, autobuses, motos, víspera del santo Puente. Poco a poco, con nervios y sufrimientos, llegué al tercer carril del peaje.

Di rápido la cantidad exacta para no retrasarme ni un segundo con las vueltas. Pero el dependiente me apartó la mano: «De ti no deseo coger dinero. Estoy harto de siempre lo mismo desde temprano. Quiero que me des un tarrito de miel de tomillo, de la pura de tu pueblo» dijo y abrió la palma de la mano de par en par.

«Pero yo no soy apicultor ni vivo en el pueblo. Se me va la vida en un ático de Ano Liosia» susurré.

Detrás, los conductores vociferaban desesperados por el inexplicable atasco. La cola se había alargado casi hasta donde podía llegar la mirada de un hombre con su mejor visión. Pese a todo, el dependiente del peaje se había plantado y exigía la miel. «Si no tienes tú que encima eres escritor, entonces nadie tendrá y nadie se adentrará en el paraíso de los festivos», insistió esta vez con un tono más severo.

Con esperanza desesperanzada sujeté entre mis piernas la bolsa improvisada del asiento de al lado y empecé a rebuscar nerviosamente. Fruta, cintas de música y un libro con la portada desgastada del uso. “Aroma de abeto”, el título.

Fingí que lo había encontrado y saqué el libro sujetándolo de pie con la mano, como si fuera un tarro. Lo cogió de la misma manera, lleno de satisfacción. Lo apoyó con devoción en la mesa y me indicó que pasara. Apenas pude ver que cerró su ventanilla, mientras los conductores seguían haciendo señas con excesiva insolencia. Sin perder más tiempo, pisé a fondo hasta que se perdió en mi retrovisor la fila de latas rodantes y acabó la ensordecedora pesadilla.

El paisaje poco a poco se hacía cada vez más agradable. Más árboles, más verde. Saqué una manzana de la bolsa y empecé a mordisquearla con un placer inusitado. «Manzanas tan ricas las cojo solo de mi pueblo», me dije a mí mismo.

El camino se perdía casi al completo detrás de mí y las nuevas imágenes derribaban el ático que quizás nunca debí haber habitado.

Al atardecer, en el conocido descampado de mi infancia, apagué el motor definitivamente. Todo estaba tranquilo, como antes. La abuela me dio la bienvenida con dulce de membrillo.

La media luna



Escalando de viento en viento, saltando de nube en nube, llegó al cielo. Sacó el cuchillo de la vaina y cortó la luna en dos. Puso la mitad en la cesta y la cubrió con un paño. La otra mitad se quedó en su sitio. En la tierra nadie se dio cuenta de la diferencia. Simplemente imaginaban que era tiempo de la fase de media luna.

Con la cesta en la mano, bajó, poco a poco, sin tropezar, y volvió a su habitación. Enseguida, echó doble llave a las puertas y cerró las ventanas herméticamente. Sacó con cuidado la media luna y la colocó cuidadosamente en la mesa. Al momento, estallaron todas las lámparas de envidia, mientras la luz se extendía penetrantemente en todos los rincones, pintando por primera vez la sucia casa con colores extraordinarios.

Todas las cosas adquirieron un aspecto alegre. Las sillas se reían sin parar, la vieja mesita de noche hacía poses ante el deslumbrante espejo, en la cama brotaban sábanas blanquísimas y almohadas rosas.

Ahora, ya no era pobre. En las paredes colgaban ropas de plata, cuadros de plata, sentimientos de plata.

Horas enteras hasta el amanecer, le hechizó la magia de la luna. Antes de que amaneciera del todo, por las mismas calles, puso la media luna en su sitio y regresó a casa. Dentro de poco, empezaría un nuevo día difícil, el duro jornal, pero no tardaría la noche...

Allende



Flexible acrobacia de embriaguez

Si caías
no conocías el porqué
la causa de la caída
ni la sombra
sobre el rostro,
pálido de vigilia y paciencia
y piedad para todo
para todo cisne ensangrentado
en los límites de lo blanco y en el fondo
del amor olvidado en los pozos de los pobres
sin agua
sin caricia
y los campesinos despreocupados
 corriendo
con cubos y regaderas
allá en el campo
junto a caballos sudorosos
y vacas apáticas con la mirada
 clavada en la nada del horizonte
vida que no le importa exagerar
para parecer VIDA
 risa o drama
tan sólo un registro
del lugar y del tiempo
flexible acrobacia de embriaguez
Si es que se pone el sol

Giorgos Kasapidis

va a retornar el pensamiento
como precursor de la noche
un pequeño pedazo de la luna
 construido
algo apartado
en los arrabales del recuerdo.

Como un impecable infinitivo

Pues sí, a todo le llega en algún momento el final:
el viento del norte que castiga las hojas de la morera
el aspecto voraz de los dinosaurios
la feria de Acratas, los faroleros
lo rojo del mar poco antes de que se ponga el sol...

Unas regresan alteradas,
otras no
y el gallo de mi barrio
no creáis que canta cada amanecer.

El otro día lo pillé durmiendo
hasta tarde del mediodía. Por muerto
lo tomé (lo estaba) y dije al principio
-¡Qué pena, tanta carne desaprovechada!

Luego me entró la vena poética
Me acordé de su porte sin igual
y empecé a recitar en voz alta a su oído
versos del poeta Calvos. Al parecer le engañé
porque se plantó de nuevo sobre sus fuertes patas
hinchó con arrogancia el pecho,
levantó la barbilla (¡junto con la cabeza...se entiende!)

Lo único que no consiguió bien fue su quiquiriquí y, sin embargo,
me sentí inesperadamente orgulloso, pues
creí que le regalé

algo de su viejo esplendor
al menos en la expresión de la palabra
para tenerlo adornado cuidadosamente
¡como un impecable infinitivo!

El sentimiento dual

A la poesía de la pintura

A la pintura de la poesía

Y además quiero hablar con imágenes:
un trozo de pesada tela roja que corta
el tan celeste cielo de la Troya de cada uno
y Aquiles altanero en los laureles de la victoria
triunfante, casi como un Faetón antes de la caída,
con su carro por encima de las nubes
(no aguantaba mucho el polvo de la tierra
ni la mortalidad del talón)

Y además quiero hablar con las palabras:
marino, conocimiento, aire, contemplo,
antes de que se borren del todo los iconos
de la memoria, de Santa Sofía, de los monjes del Athos...
antes de que nos alcance el verso de Seferis: «un
bosque virgen de amigos muertos nuestra mente»

Y además quiero añadir incluso
la última pincelada con la frase de nuevo cuño
“Abogo por los demás” y colocar el cuadro
en la pared recién pintada de enfrente, para que lean
los jóvenes, que vean, este original grafiti
el sentimiento dual

Escenas en la calle y en otras partes

De nuevo el sol se olvidó de salir.
Duerme despreocupado en sus altas
alcobas. Desde la mañana su puesto
lo cubren con arrogancia las nubes grises.
La pétrea iglesia del vecindario se derrumba
sin salir de su manzana. El campanario
salmodia en su caída con voz ensordecedora
“Venid al último beso” al viento.
Después polvo, polvareda. Al fondo
nada. Solamente los hoscos bultos,
de los bloques de pisos en fila
Una mujer llora sola en el balcón
-en el tercer piso concretamente-
y el poeta, menor o insuficiente
ni una lágrima que enjugar.
El folio blanco ante él es cortante
pero nada secante. Y no hablo
de los tristes manchurroneos encima. Éste,
vanidoso,
a las letras negras las llama versos.
Mejor si anoheciera antes del mediodía
Trabajarían menos los obreros

El niño que llevamos dentro

Y sin embargo, sí, pasará la noche
las primeras marcas desoladoras en las ventanas
asustan a las luces

El niño que llevamos dentro
teme como entonces, como siempre
pasa el umbral y se pierde
en el polvo de la calle.

Ya nunca regresará
con su querida bicicleta
ya no buscará al gato rojo en las ruinas...

Años más tarde lo buscarán
los ingeniosos microchip
solo por necesidad de las estadísticas
¿qué os pensabais
que será por su cara bonita
o las cicatrices en la frente
recuerdo de la caída
del gran cerezo en las altas eras?

El mar de profundis

El milagro



A la joven pérfida de la Cubierta B

Milagro ya no es
caminar sobre las aguas. Este
aconteció una vez y para siempre, según se dijo.

Milagro es que se hiele
el mar entero en pleno verano
porque ella no se fijó en ti en el barco...

Que se haga cristal, vidrio punzante, cuchilla
que centellea con placer en las venas y en la sangre
que enrojecza prematuro el sol antes de caer

porque ella no te regaló una mirada
porque no sopló en su cabello el viento
en popa del amor, a toda vela...

Excavadora de invisibles



La Asprovalta de un noviembre gris

Por mucho que nieve denso
sobre el mar, plumizo
por fuera y oscuro cuanto más profundo,
este nunca blanquea.

Y ni un árbol en alta mar
aunque sea un título de poema, como irregularidad
de modo que engañase a mi vida prosaica
hasta con una preciosa utopía.

Decorado

Allá el mar y el soberbio sol
algo más allá, hasta que inesperado
anochece en pleno mediodía en el poema.

Me escondo en el santuario de los versos y asusto
más mi propio pensamiento, que
a las sombras de las viejas alcobas.

Ya se acurruca como un peluche el cuervo en el salón
débil, sin los Poe y sus Poetitos
y sin la recompensa del tiempo
que el papel del símbolo antaño interpretó.

Aquel terrible: nevermore
ya a nadie conmueve y con razón
ya que todo gira certero, mas en vano,
en los bares con el mejor decorado.

Cardio-grama

Muestra del discurso

Y decidme si queréis ¿qué valor tendrán
en el futuro los célebres marcapasos
sin pasos en jardines, sin donantes
cuando los órganos humanos se hayan necrosado
todos por el hastío?

Por eso os digo, ahora que todavía
es pronto, dejad intacto el corazón
hasta su última experiencia. De un modo u otro
las penas no van a temer
el cortante bisturí ni a desaparecer.

Ningún bypass podrá volver de nuevo
a dar un rayo de luz a la oscuridad
de tiempos olvidados. En ninguna operación
a corazón abierto saldrán a la luz bucólicos
paisajes. Ningún destacado médico se inclinará
sobre la ausencia o pérdida de los sentimientos.

Así que dejad que el corazón se conmueva,
que se haga mil pedazos por la centelleante espada
del amor, que cometa mil errores
para entregarse a las pasiones del amor
que destelle vencido por la vida

A merced de la gravedad

A Gregoris Pentsikis

Basta una helada de Marzo,
un endemoniado viento del norte para que se corten
las flores tempranas del manzano. Ya infructuosas
todas las esperanzas en los abismos de la gravedad,
Paracaidistas sin ningún destino en el suelo.

Aquí nadie que salte al vacío se salva
Lo blanco no fascina como color de un Paraíso temprano
y al final son una extraña discordancia
que las mismas flores adornen su muerte
en los féretros de la putrefacción, en lo impenetrable del pensamiento.
de aquel que se presenta como crítico de todo
y que cambia como de camisa en las páginas vacías
cada noche los versos esparcidos
y ya pasó por alto las pasiones del manzano
por una nueva excusa.

Haciendo el pino

La guitarra rota en el sofá y el cuerpo
de una muñeca sin cabeza en el poyete, ah...y la maceta
sola en el balcón sin una gardenia o albahaca,
todo aboga por el desorden que perturba.

Si no hubiera temido las caídas en el instituto
y hubiera aprendido a hacer correctamente el pino,
quizás lo hubiera visto todo al revés desde el principio
ordenado, asequible, real...

Como aquella estrella que no se ve
pero está, trozo de fotografía
del amigo que jadea para mantenerse en el cuadro
no hecho por mano humana, de una memoria que se borra...

Y así los singulares arcos de los indios
botines ahora colgados sobre la chimenea
para que aparente la casa más señorial
a los ojos de los legos vástagos.

El auriga (de Delfos)

¿Maravilloso, majestuoso, conmovedor?
Me pregunto qué adjetivo llamativo pegaría
con esta fundida armonía. ¿O acaso,
la más certera definición encajaría mejor
con aquel, su desconocido creador,
sólo por la inspiración o por el último aliento
que insufló en su ser?

Si tuviera sus dos manos sobre las riendas y entero
el carro con los caballos, sería más imponente
(si exceptuamos su utilidad para los arqueólogos)
¿o acaso, así en su abstracción, está por encima
de cualquier vanguardia,
que se imagine cualquiera como quiera lo ausente
para completar con el sentido todo
lo que falta (si existe)?

De modo que el espectador tenga una razón más
para describir, analizar, admirar,
alabar... con el objetivo
de robar un poco de gloria de su centenaria mirada
que otea tan lejos, incluso más allá de Bactriana
y hasta allí, donde sea posible que llegue ya
aquella célebre Habla Común de los griegos.

La excavadora de invisibles

*Deplorable balada de lo trivial
a falta de temas más triviales*

Todos conocen, incluso los más legos, que existe mucho por explicar relativo al espacio celeste o al espacio entre dos simples pasos. Hay un mundo pequeño, el Grande, de los líricos griegos el recién formado dios literario de las pequeñas cosas. Fiel al mismo espíritu, defenderé denodadamente que, aparte de todo lo demás, de lo increíble y lo creíble, está también la renombrada excavadora de lo invisible.

Si juzgamos por los cráteres translúcidos de la luna o los cráteres de los volcanes del amor, el agujero de la capa de ozono, los agujeros en lo impenetrable de los significados, por los vacíos de la memoria, las profundidades de la música o los infinitos silencios de las estatuas... concluiríamos de forma completamente distintiva y fácil de comprender en que de todas estas cosas y otras más serias es responsable la renombrada excavadora de lo invisible.

Fama de famas, pero sin desmentir a los que miran desde lo alto la excavadora ha sido vista por una bandada de aves en el mar. En el momento en que se reorganizan estas líneas esta excava en el océano de Calvos y de otros inmortales mientras los peces al lado asustados se apiñan en el miedo de lo desconocido, en el sino de los por doquier débiles pero con ojos realmente vivaces y rojísimas branquias no como esos que están pasados en algunas tiendas.

Descampado 21



Paisaje con prevista cotidianidad
mañana-noche

a Adam Katsukis

Por la mañana decimos
qué importantes los periódicos
qué maravillosas noticias escriben
y esto es natural.
Por la noche decimos
qué inservibles papeles los periódicos
cuántas mentiras escriben
y esto es natural
Por la mañana decimos
qué hermosa mujer
me va
y esto es natural
Por la noche decimos
qué mujer más aburrida
me merezco una mejor
Por la mañana decimos
qué día más bonito
voy a cambiar de vida
Por la noche decimos
ya pasó este día
cambiaré mañana
¿Por qué el mañana
dura tantos años?

La suerte

Suerte el atisbar la música
sobre la luna
Suerte el escuchar la luz
detrás del susurro de las hojas
Suerte el rozar la Nada
para humillar la soberbia de la razón.
Suerte el existir, el vivir como vives
Suerte el sufrir cuando el dolor es
la única justicia
Suerte el amar
Suerte el morir algún día
como mueren todos
de forma heroica o insignificante
Suerte en dejarlo todo a la suerte,
adelantar a la fantasía,
a perderte
Suerte el tener agua limpia,
ropa interior limpia,
conciencia limpia...

*Retrato anónimo de mujer
que llora sola en el balcón*

¿Llora por los civiles bombardeados
 en todas partes de la tierra,
por los niños sin pan de África,
el sueño roto de los californianos?
¿Llora por sus perdidos años de adolescencia
por el interrogante del momento?
¿Acaso profundizó en algún relato de Chejov
o en la invisible red del Hado?
¿Llora por el nada o el mucho
por todo deber sobrante o necesario?
¿Llora por los amigos que se fueron
por los refugiados de cualquier Asia Menor
por la espada clavada en el vientre
del desventurado Ayax?
¿Llora por el hoy que ahora mismo se hizo ayer
 o por el aciago mañana
por el declive de la lengua patria
 que convulsiona en labios de infames
o por el nuevo tren que descarriló?
¿Llora por las fobias crónicas de los pequeñoburgueses,
las deportaciones insensibles de pobres inmigrantes
por cuantos “infalibles” relojes de los suizos se pararon?

.....
Pero ya está bien
piedad tantas preguntas
para una respuesta tan sencilla
como una rodaja de limón:

 Llora sencillamente porque...
 porque es una mujer sola en el balcón.

Paisaje con ciudades visibles

No me encantan ya
las Ciudades Invisibles de Calvino
prefiero las visibles
con los populares cafés al aire libre
y los decadentes prostíbulos.
con parados que pasan la noche
pegados a muros con grafitis
las ciudades que se hunden
dentro de sus propias casas
con sus gentes muertas antes de tiempo
viejos que escupen como antes en los parques
la cotidianidad que fluye “en condiciones normales”
Prefiero los tejados de los suburbios pobres
en los que no se pusieron aislamientos y gotean
cuando cae una fuerte lluvia
para que me convenzan
de que en algún lugar, de alguna forma, en algún tiempo
puede que yo existiese o que exista
Está el Tiempo aunque perforado
y disfruta sorbo a sorbo el café
y su silencio...
Prefiero las ciudades que sobreviven
sin un brillo prefabricado
con nombres griegos corrientes: Kilkís,
Kozani, Grevená, Flórina, Drama...
Noche con calles abiertas
donde encuentran sitio errantes forasteros
que se sientan juntos en las aceras
como si fueran amigos desde hace años

La linterna más luminosa del mundo

Cáscaras de sandía



Pocas horas antes de expirar por la grave enfermedad el querido vecino y amigo (salvando las distancias, porque tenía cuarenta seis años más que yo), el tío Elías, fui a su casa y le rogué susurrándole al oído que me dejara seguir cuidando a su burro en mi patio, para poder darle más fácilmente las cáscaras de sandía que recojo de la mayor parte de las casas del vecindario.

El tío Elías en sus últimas no podía ni hablar ni ver claro, pero el oído y el resto de los sentidos funcionaban a la perfección. Sonrió al escuchar mi voz y me hizo una señal de afirmación levantando la mano. Después buscó mi mano y me la apretó con toda la fuerza que le quedaba. Una lágrima rodó de su ojo izquierdo. Poco después se iría ya para siempre al gran viaje sin llevar consigo nada de lo que tenía dentro y fuera de su vivienda de tres plantas, que había construido con mucho trabajo y esfuerzo desde que era todavía joven. El tío Elías tenía una docena de hijos y nietos, pero a ninguno aparte de mí confiaba su querido burro, útil para sus labores, porque la mayoría solamente quería montarlo o torturarlo, o las dos cosas a la vez.

El burro no es ni una moto ni una bicicleta para dar vueltas, es solo para trabajar, y eso teniéndole respeto al animal, decía siempre. Como excepción, como lo llevaba yo cuando él tenía otros trabajos en el campo, me decía "cuando no tenga carga, si estás cansado, móntate un rato en su lomo": Por supuesto nunca me monté, como no quería que nadie se montara en el mío. No iba conmigo, aunque los suyos hablaran mal de mí por envidia, sobre todo por el afecto que me mostraba el tío Elías, a pesar de que no pertenecía a su parentela. Tantos bienes les hizo. Una fortuna entera que hizo sin su ayuda, la dejó el anciano en herencia repartiendo casas, tierras, dinero contante, animales, todo con absoluta ecuanimidad. Pero esos se demostraron totalmente insaciables, aparte de holgazanes en su aplastante mayoría.

No pasaron ni tres días desde el funeral del abuelo y se juntaron con vergas, hachas, latas, sartenes, antiguos móviles pesados, gestos groseros, gritos descoordinados, para reclamar la posesión legal del burro, que supuestamente yo tenía secuestrado ilegalmente en mi patio. Se congregaron en poco tiempo absolutamente casi todos los de la familia y los parientes del difunto anciano, amigos y amigos de sus amigos, vecinos y amigos de sus vecinos, transeúntes y moscones, curas y sus esposas y sus niños malcriados, miembros de la junta parroquial, sobre todo los buitres, junto a sus esposas repeinadas, herejes, encarrilados, descarrilados, maestros de obra en paro, fontaneros, electricistas, enyesadores, albañiles, pintores, chulos, fisgones, gitanos, rufianes, albaneses, pakistaníes, afganos, los de Scopia, brasileños, brahmanes, apaches, bribones, paparazzis... hinchas fanáticos de los equipos del POK, pero también de la maltratada provincia... tres gatos vagabundos y nueve perros callejeros... ¡ah! y el sacristán el último, corriendo con la bragueta abierta (estaría por ahí tirándose de pie otra vez a María la loca).

Toda la chusma, una masa variopinta, un mogollón de gente fuera de sí, indignados, dopados de odio e ira, preparados a la primera ocasión, la primera consigna, a arrancar, pisotear la valla, a romper la puerta para imponer su propia ley, violentar, disparar, acuchillar, linchar, apoderarse del botín, "la copa intercontinental", uno y todo, el premio supremo, al que yo

mantenía en mi posesión, fuertemente atado con la correa, sin papeles en regla, el burro, de nombre Mortis. La primera vez que vi tanta gente delante de mí, digamos que, para ser sincero, me meé de miedo, pero ni se me pasó por la mente ir al servicio.

Fuera en la calle, en poquísimos minutos, se formó un atípico tribunal popular. Decenas de abogados, jueces, fiscales, jurado, espectadores, todos en contra de mí, y yo yendo cada vez más atrás abrazando fuerte a Mortis, y él tirándose pedos - ¡menudo panorama! O más bien a tales amenazas tales respuestas. No sabía qué pensar, qué hacer, cómo enfrentarme al populacho, con qué tono, con qué argumentos, con qué ánimo.

Y qué no me achacaron, tantos pecados desde que el mundo es mundo, todo mentiras y difamaciones ignominiosas. Que si mi madre no tuvo una muerte normal, sino que la maté echando poco a poco veneno en la comida para hacerme más rápido con la casa y sus monedas de oro escondidas.

Que había violado a la ciega Tasia cuando yo apenas tenía dieciséis años, cuando todos ya saben que eso lo hizo el hijo del supuesto honorable director de la escuela y lo ocultaron por razones obvias extendiendo el bulo sobre el conocido “ogro”, el Papachrónis, que en aquel entonces actuaba en la zona.

Incluso dijeron que robé, yo que apenas tenía siete años, y aullé de manera nefanda (esta palabra la utilizó con pomposidad el salmista de la parroquia de al lado) las seis gallinas de la turuleta de la Stavrula, a esas que todos sabíamos que cuando se ponía histérica estrangulaba una cada día y tiraba sus cabezas a la calle cuando la cabreábamos tirando a su huerto una pelota desinflada o grandes pedruscos. ¡Por Dios! Y me achacaron un montón de no sé cuántas cosas más –he perdido la cuenta– tan antiguas que incluso no había nacido. Y constantemente me echaba para atrás para alejarme de sus duras palabras que lanzaban, hasta que me di con el muro de la casa y no podía más atrás y me decía ahora que el río salvaje se iba a desbordar para aplastarme, para ahogarme, acabar conmigo, abrazado al burro y nunca me habría imaginado tan poco glorioso final. Y al mismo tiempo me reconcomía la preocupación de qué iba a ser del infortunado animal en sus manos sin cuidado y sin amor.

Parecía un mal sueño, sin embargo no lo era por desgracia para poder despertarme y decir "esto era, ya pasó" y santiguarme, pero lo hice despierto, no tenía otra opción. Antiguamente, antes de que viniese este inusitado obispo yo iba cada domingo a la iglesia, ahora solo cuando me acuerdo o tengo necesidad de Él me santiguo tres veces sucesivas bajo el candil o bajo la morera en la que ato a Mortis . Lo hice ante ellos y escuché. "¡Ni Dios te va a salvar!". Lo gritó uno de los miembros de la junta parroquial y toda la muchedumbre estuvo de acuerdo con él hasta que se escuchó una voz fuerte y peculiar detrás de ellos: "¡Hombre, no os paséis! ¿Qué estáis haciendo? Callad un poco y escuchad".

Giraron todos de una vez y vieron que bajaba del coche, con un andar solemne y con porte, un señor corpulento con un traje gris, una corbata morada y una cartera negra en su mano. "Alexandros Arabatsís, abogado de profesión y escritor en el tiempo libre" se presentó con voz firme y porte erguido. Con el "abogado de profesión" se escuchó un largo "ooohh" mientras que con el "escritor" un más breve "ahh". No sé qué tuvo más efecto, pero de todas formas todos callaron para escuchar a este nuevo, para ellos, visitante sin invitar. El abogado hizo un gesto para que yo abriera la puerta, entró y volví a echar la llave rápido.

De nuevo pidió, amable pero severo, que se callaran todos un poco y rogó que mientras hablara no le interrumpiese nadie hasta que hubiese acabado, para esclarecer rápidamente el asunto. Gritó que nos acercásemos un poco el burro y yo junto al viejo pozo y comenzó su discurso como si se encontrara en un juzgado de verdad, acentuando donde debía las frases y haciendo escasas pausas para (como me confesó más tarde) no dar pie a contrarréplica a los que criticaban enfrente.

"Este hombre (me señaló con el dedo), todos los conocéis en este vecindario, al que también yo vengo muy a menudo, porque aquí vive mi madre desde que acabó la guerra civil hasta hoy, este hombre, repito, la mayoría sabéis que no ha molestado nunca a nadie, ni siquiera al loco del barrio, cuanto más a cualquier persona cuerda como vosotros. Este hombre, y esto lo sabéis todos los afables vecinos de este barrio, durante siete años seguidos, incluso en pleno bochorno del verano, cuando la mayor parte de

vosotros veranea en las playas de Kalamitsa, de Palió y de Péramos¹, él, con una carretilla improvisada o con sus manos, reúne todas las cáscaras de sandía y cosas similares que tienen los vecinos para tirar, haciéndose cargo sin ánimo de lucro del alimento diario de este burro a la vez que de otros animales de la zona, a fin de que no se acumule una gran cantidad de basura y que no se desperdicie nada en los vertederos.

Cada mañana, yo lo veo con mis propios ojos cada sábado que no trabajo y paso en bici por vuestro bonito barrio, cada mañana, repito, lleva a este burro al campo y cuida de que no le falte ni la sombra ni el agua y que esté atado y seguro, siempre con una cuerda larga para que no se enrede con el árbol y tenga más espacio para moverse. Y, por supuesto, no se hace cargo solo de sus necesidades materiales sino que cuida especialmente por su sosiego mental y por su soledad, siempre con una caricia en la cabeza o en el lomo como si fuera su mejor amigo.

Nunca lo montó, nunca lo cargó más de lo que aguantaba, nunca tiró de la cuerda con fuerza, nunca lo golpeó si alguna vez se puso terco y no movía las patas por cansancio u otra razón. Siempre con paciencia esperaba que el animal decidiera por sí solo volver a caminar.

Sabéis cómo de estricto era el difunto tío Elías en estas cosas y por eso le confiaba exclusivamente a las manos de este hombre. Vosotros ahora, siendo tantos, dejándoos llevar al pie de la letra por la ley de propiedad y no por el corazón, queréis quitarle el animal a la fuerza y repartir sus miembros como si fuera un ternero degollado y tomar todos un pedazo. Pero si el animal pudiera hablar, os diría que este hombre (me señaló de nuevo a mí) es el único que tiene derecho desde el punto de vista moral a tenerlo, no bajo su posesión, sino con sus sentimientos puros de amor y cuidado sinceros y demostrados a lo largos de tantos años.

No os enojéis, no me extenderé. Solo una cosa más os digo y acabo, lo más importante. Una doble conciencia ecológica alimentaba y sigue alimentando los sentimientos de este hombre, porque no solo se encarga de que haya menos basura reuniendo las cáscaras de sandía, sino se cuida en

¹ Playas del litoral de Kavala en el norte de Grecia.

alto grado de este animal, que ya empieza poco a poco a escasear en nuestra época y, como parece, al final llegará a ser una especie en peligro de extinción, a pesar del hecho de que la ciencia recientemente descubrió cuán nutritiva, igual a la materna, es la leche de burra.

Yo personalmente me emociono infinito solo al recordarlo – que este hombre, vamos a decirlo también, con su amor puro alteró lo establecido por la ciencia. Mientras todas las estadísticas dicen que el asno vive alrededor de treinta a cuarenta años, el asno que veis a su lado, gracias a él y solamente a él, ha rebasado los cuarenta y dos y seguramente con tanto cuidado vivirá otros cinco e incluso diez años más y esto lo puede comprobar cualquiera viendo su bien conservada dentadura. Dos veces, dos veces repito, este ganapán en nada acomodado le pagó los gastos a un dentista especializado de atención a domicilio y de otra ciudad para cuatro empastes y un puente. Cinco horas, dos para lo primero y tres para lo segundo, duró esta intervención con una anestesia especial para que este simpático cuadrúpedo pueda comer casi como cuando era más joven. Todos los gastos los pagó de su bolsillo, casi un sueldo entero, de su difícil y peligroso trabajo en las canteras. Eso además de cuidar desde hace mucho tiempo los dientes del asno, cepillándolos cuidadosamente de uno en uno, con un cepillo de dientes especial y pasta de dientes ecológica al menos dos veces por semana.

No diré nada más, no quiero cansaros. Habéis oído toda la verdad. Ahora si uno de vosotros cree que puede cuidar con la misma honestidad, cariño y abnegación a este animal, puede venir a cogerlo, os abrimos tranquilamente la puerta y os lo cedemos pacíficamente, con su correa de piel comprada recientemente..."

Unos pocos murmuraron entre dientes pero a la mayoría le convencieron las palabras del abogado y empezaron a retirarse. El primero que se retiró fue el que había venido el último, el sacristán. Alguien le hizo una señal para que se subiera la cremallera de la bragueta, aquel la cubrió como pudo cerrando de forma apresurada su arrugada sotana y se alejó con paso ligero como si hubiese dejado algo a medias.

Nos quedamos los tres en el patio, el burro, el abogado y yo. Dios te envió en el momento oportuno" le digo. "Amigo, eres un linco. Hay que ver lo que les has dicho. Yo también suelto alguna mentirijilla inocente cuando hace falta, pero a ti no hay quien te gane. Has sobrepasado hasta la imaginación de tus libros. Lo del dentista y la pasta de dientes ecológica es para quitarse el sombrero. Y le has echado a la espalda del burro cinco años más". "La verdad completa no la quiere nadie, ni en la vida ni en la literatura" dijo él y siguió: "Una buena mentira convincente viene mejor. De todas formas en la asociación *Arkturos*, en el pueblo de Ninfeo, cuando fuimos una vez de excursión con los chicos, aparte de otras cosas, me dijeron que drogan a los osos para hacerles empastes en los dientes. Pero la mayoría de lo que conté, aunque con una dosis de exageración, eran verdades inamovibles. Déjate ahora de verdades y leyes. Tengo un caso difícil de un pobre hombre y toda la noche he estado leyendo desde el principio el discurso *A favor del inválido* así como los restantes discursos de defensa de Lisias para estar en forma. Bueno, ¿vas a sacar algo de beber para relajarnos? Ah, mira, viene también el "loco". "Es el que nos faltaba", le digo. "Le debes más a él" me dice severo Aléxandros, el abogado. "Me llamó al móvil para esta situación crítica, para que no te creas que fue cosa del *deus ex machina* o del otro, que crees en él cuando te conviene. De todas formas y para que lo sepas, para dar a cada uno lo suyo, el burro te corresponde al cien por cien. Y no hay más que hablar. Trae ese buen orujo de Stefanos de Joristí², algo de cecina y alguna aceituna. No te quedes parado, no tengo todo el día para mí, encima Ana refunfuña. Tú no tienes problema, soltero y sin compromiso".

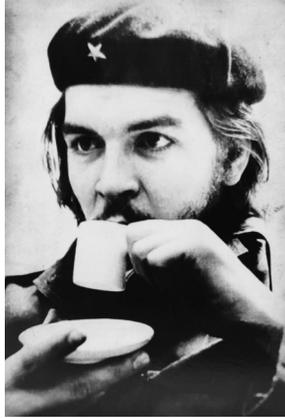
Traigo el orujo con feta y cecina, que huele de maravilla. "¿Es de camello?" pregunta Alexandros. "Sí, hombre, de camello va a ser" digo. "¿Sabes lo que vale? Yo compro una armenia. Perfecta. Pero esta me la dio la viuda del tío Thanasis. "Llévatela tú que estás soltero", me dijo, "se quedó en el frigorífico; ahora que se nos fue Thanasakis (así le llamó hasta el final) nadie se la come, para que la aproveche alguien". Le habrás visto al tío Thanasis con

² Pueblo cercano a la ciudad de Drama.

los inválidos en los desfiles, enfrente de las autoridades, con la pata de palo por la mina que pisó en la guerra. Su cuerpo lleno de metralla, pero pasó los noventa y dos hasta que le venció la muerte, que dios se apiade de él, un hombre tranquilo". "Venga, a su memoria", dice Aléxandros y se toma de un trago el segundo orujo. Kostakis, el "loco", se acerca y me pide dinero para un helado. Le doy, pero no le basta, me "amenaza" por enésima vez que revelará lo que hice con la hija de Ajileas detrás de la cerca. Le digo yo también por enésima vez que esa es una vieja historia que contaban de mi padre, que con esta mentira le encasquetaron a la fuerza a mi madre, para restablecer supuestamente su honor, mientras él quería a la hija del tendero, pero entonces eran otros tiempos, pero el "loco" la endosa donde le conviene.

Le doy dos monedas más para que se compre un bocadillo, pero él me amenaza por segunda vez: "Diré que el abogado es tu compadre", me dice, "si no me dejas mañana montar el burro en el campo y pincharle sus partes, que se tire pedos y reírme. ¿Me vas a dejar?". "No digas tonterías", le paro los pies. "Deja tranquilo al animal, nos tienen enfilados". "Deja ya al "loco" no llegas a nada", me dice Aléxandros. "Dime qué vas a hacer cuando alguna vez la diñe Mortis?" "No quiero ni pensarlo, le quiero", digo, "no obstante, por costumbre, seguiré recogiendo las cáscaras de las sandías. A lo mejor puede que las eche en la compostadora, a lo mejor otra cosa, no lo sé. Aún así, de ninguna manera las tiraré a la basura. No me va, ¿qué quieres que diga?"

El Che toma café en la plaza central de Drama



Hablamos a voces con mi amigo Makis fuera de su quiosco, junto a la plaza central, sobre el nuevo paisajismo de lo insignificante en la fotografía. Él sostiene que en Grecia estamos dos niveles más bajo en relación con los europeos y los demás pueblos que han entrado en las nuevas corrientes. Yo, por mi parte, quiero creer que nos encontramos un nivel más bajo y que podemos cubrir la distancia si salen los buenos nuevos fotógrafos a defender sus puntos de vistas de un modo más activo dentro y fuera de internet.

De pronto, y mientras intento completar mi reflexión sobre este asunto en concreto, mi mirada intuye primero de reojo la imagen del Che, como la conoce todo el mundo, sobre todo a través de la versión enfática de la lente del recientemente fallecido Alberto Korda. Interrumpo la conversación, ya que Makis vuelve al quiosco para atender a una joven cliente y me dirijo, con un cierto agobio justificado, a comprobar si lo que he visto se trata de una ilusión óptica, pero compruebo con sorpresa que tengo ante mí al mismísimo Comandante Che Guevara, vivito y coleando. El Che, por el que no ha pasado el tiempo, con la misma boina de su foto más

famosa en la cabeza y un gran puro cubano en la boca, disfruta despreocupado, junto a un amigo suyo, del doble expreso que unos segundos antes le acaba de servir, completamente ajena, la sexy camarera con el tatuaje en el muslo.

A los pocos minutos llegan bastantes transeúntes, sobre todo de edad media pero también más jóvenes, para satisfacer principalmente su curiosidad en relación a la llegada a la ciudad del destacado revolucionario. Dos chiquillas, sin poderse controlar, se ponen delante y le piden un autógrafo. Su camarada las aparta con aspereza, dejando claro que el Che no es un cantante, actor o futbolista para firmar autógrafos. Las chiquillas se alejan con manifiesta decepción, pero el resto de la multitud pide casi de forma imperativa saber por qué el célebre revolucionario eligió como destino la insignificante Drama.

El Che hablando en español (traduce su amigo griego) dice que no considera a ninguna ciudad insignificante, sino que le interesan los lugares con un pasado duro. Declara con recogimiento que se ha informado de los acontecimientos históricos de la ciudad que tuvo tres sangrientas ocupaciones búlgaras, pero también de la heroica resistencia en el Fuerte Lisse³ contra el eje fascista. Se muestra también informado de las viejas fábricas de tabaco y de la excelente variedad del basmá que cultivaban en la zona en los años 60, poco antes de la masiva emigración de desempleados a Alemania. Pero más allá del pasado le interesan por igual los problemas cotidianos de la actualidad, como las condiciones de trabajo y seguridad de los trabajadores en la extracción industrial de mármol de la zona más amplia de la provincia.

Intento acercarme lo máximo posible para escuchar mejor, pero siento que alguien me empuja con brusquedad para que pasen delante cinco o seis personas conocidas por su casi fija militancia en el partido y sus habituales consignas que, en cada contienda electoral, cuelgan en la caseta que se les ha concedido en el lugar de al lado.

³ Parte correspondiente a la provincia de Drama del conjunto defensivo subterráneo de la llamada "Línea Metaxás" que se extendía a lo largo de la frontera de Grecia con Bulgaria. El 1941 fue atacada por el ejército alemán, hecho que dio lugar a una memorable batalla.

El cabecilla, por sí mismo toma la palabra, tensa el cuerpo y se dirige con pomposidad al Che, recitando como un poema todo lo que ha memorizado de sus superiores a lo largo del tiempo. Después del extenso prólogo, pide al Comandante Guevara que participe con ellos en la lucha contra los colonialistas del norte de Europa y sus monopolios y que defienda con declaraciones públicas los derechos de la clase obrera contra la clase dominante local y extranjera.

El Che, nada más informarse de lo dicho por el cabecilla, al principio se ríe a carcajadas y luego dirigiéndose a todos explica que está bastante informado sobre el estado de las cosas en Grecia antes y después de la crisis económica, que estas teorías las ha oído infinitas veces y que, por supuesto, nunca va a colaborar con políticos profesionales y su camarilla, y tampoco va a tratar con pseudorrevolucionarios de salón. Repite además su conocido desde siempre punto de vista de que "la revolución no se lleva en los labios para vivir de ella, se lleva en el corazón para morir por ella".

En el momento de su alocución un perro callejero, que dormía por allí, se levanta perezosamente para volver a caer en letargo más cómodamente tres o cuatro metros más allá. El Che, que lo sigue de reojo, para un momento su discurso, saca un revólver del bolsillo de su chaleco, se acerca a él a un palmo de distancia y le anima, apoyando el cañón en su sien, a levantarse y reivindicar con fuerza su alimento y mejores condiciones de vida. Como es natural, el perro pasa del asunto y ni se toma la molestia de moverse del sitio o cambiar al menos de lado mientras duerme. El Che sonrío de nuevo levemente, vuelve a la mesa, aparta los vasos y coloca allí la pistola. Luego muestra la diana y anima a quien tenga agallas a apuntar al punto en donde está posada una paloma negra, insinuando la campana de la iglesia de San Nicolás. Si uno solo acierta el disparo, promete luchar él también por toda la multitud.

Todos los presentes miran embobados una vez a la pistola en la mesa y otra al campanario a una distancia de cuarenta o cincuenta metros más o menos, pero nadie intenta aceptar el reto. Por un rato domina un absoluto silencio hasta que toma la palabra un señor trajeado de punta en blanco, que se presenta como exparlamentario de los partidos demócratas y liberales.

Con una fuerte voz de bajo dice que este lugar de mártires no necesita de supuestos combatientes importados y que el tipo con la boina y el puro no es el Che, ni siquiera un sosias suyo. Más bien incide con expresión acentuada que el Che está muerto desde hace al menos medio siglo, como lo atestiguan las fotografías de quienes lo ejecutaron y se inmortalizaron junto a él y que además están sus huesos, que se encontraron en una fosa común treinta años después. Siguiendo con el mismo estilo sostiene que ni los múltiples posters ni las camisetas con su retrato ya no imponen nada, enterradas en el fondo del baúl de los recuerdos por sus mismos admiradores.

Algunos, los que menos, del público que seguían esta atípica discusión aplauden al trajeado exparlamentario, pero lo mayoría lo reprimen diciéndole que él, en concreto, que es el responsable de todo lo habido y por haber, es el menos indicado para hablar en este lugar y de esta manera.

El Che, al trasladarse las palabras del exparlamentario, declara que se ha cansado de tantas conversaciones inútiles, pero que responderá sin mucha palabrería al señor de la corbata diciendo que si el Che hubiera muerto, nadie hablaría hasta ahora del Che. Hace una pequeña pausa, porque le entra la tos por el asma que sufre desde que era niño. Bebe un poco de agua y ruega que le dejen tranquilo con su café.

Algunos se retiran y otros vuelven a sus sillas para que el día ligeramente nublado siguiera su curso normal. Y allí donde todo parece que ha vuelto a su imagen cotidiana, sale de pronto a escena un viejecito jorobado con un bastón improvisado, que atraviesa en diagonal la plaza arrastrando con dificultad un carro de supermercado medio lleno de comida y otros artículos. El Che, encendiendo de nuevo el puro ya apagado, se gira hacia él y mientras sigue con interés su solitaria trayectoria, levanta la pistola y le dispara con puntería desplomándole al lado del perro callejero. Domina un alboroto, la gente vuelve a reunirse alrededor pero guardando bastante distancia de lo sucedido. Nadie intenta acercarse al viejo que yace completamente inmóvil en el suelo, cuanto más el Che, que mientras tanto se ha puesto de pie y parece un gigante. Sólo un joven de alrededor de dieciséis años osa dirigirse a él para preguntarle por qué ha disparado en frío a un pobre hombre inocente. El Che, completamente en calma, responde que

nadie es inocente porque no se queda al margen, ni por no ayudar al conjunto social por ser simplemente pacífico. El joven no parece convencerse, y justo en ese punto interviene por segunda vez el exparlamentario de la corbata para pedir la condena pública del asesino y supuesto combatiente.

El Che, esbozando una leve sonrisa irónica, dice que está completamente fuera de lugar y sin sentido que alguien exija la condena de quien poco antes lo había llamado muerto e inexistente. Toma un último trago y pide pagar la cuenta, deja en la mesa la vuelta que le devuelve la camarera. Mete la pistola en su mochila y del mismo sitio saca una algo voluminosa cámara fotográfica para colgársela al cuello.

La gente sigue observándole asustada, hasta el momento en que el viejecito jorobado se levanta sin ninguna herida, y en cuanto comprueba que no tiene nada serio de su caída, recoge el bastón y el carrito para seguir su camino. El perro se levanta también él para seguirlo, olisqueando y esperando algo de su compra.

El Che se despide cordialmente de su amigo griego y se dirige a la calle central. Corro para alcanzarle sintiendo que no voy a tener otra oportunidad para hablar con él de cerca sobre su particular relación con la fotografía. Compruebo de cerca que lo que cuelga de su cuello es una vieja máquina analógica EXACTA Ihagee para película 120. Es magnífica, le digo con admiración, y la mítica lente carlzeissjena, con cristales de primera. El Che, siempre con la sonrisa espontánea en sus labios, me revela que es uno de los más bonitos regalos que le han hecho. Además saca otra máquina que tiene en la mochila y me la enseña. Una Plaubelmakina con un impresionante frontal de plata, un fuelle trasero y un ancho de negativo 6x9, la cual nunca había tenido la suerte de ver de cerca. Me quedo sin palabras y él como un niño que se alegra con su última adquisición. Le pregunto si corresponden a la realidad sus declaraciones de que primero es fotógrafo y después Comandante y me lo confirma sin ninguna duda. Está muy amigable y pregunta a su vez para saber a qué se refiere la inscripción en la estatua del combatiente por Macedonia Árrmen Kiupchiu que está levantada en el extremo de la plaza. Le traduzco lo que está escrito allí en relación al ahorcamiento en 1906, del joven de 20 años, brazo derecho del

obispo Crisóstomo para la liberación de Macedonia, pero siento vergüenza por no saberle explicar con exactitud la causa y los detalles de su muerte de mártir. Entro rápido en el móvil a los datos de internet para darle la información restante de forma resumida sobre la actividad del héroe del pueblo de Bólakas contra los búlgaros. El Che se muestra impresionado sobre todo con la actitud del valiente muchacho que se sacrificó y fue apresado para que sus camaradas consiguieran ponerse a salvo. Se acerca conmovido al busto y limpia con la manga de la camisa el punto de su frente que alguna paloma le ha manchado. Luego se agacha y lo fotografía cuidadosamente desde dos ángulos diferentes, un retrato de cerca y uno más lejos, junto con el plátano que han plantado al lado simbólicamente para recordar el árbol en el que se había agarrado la soga asesina.

Apenas baja la cámara de sus ojos tengo la tentación de preguntarle hacia dónde tiene la intención de continuar su viaje. Dice que no tiene apuntado en el mapa nada de la región, excepto el viejo puente de Papades en la ruta hacia Sidirónero y el pueblo abandonado de Poligéfiro⁴, en la zona del bosque virgen de Paranesti, pero no sabe qué dirección tomará finalmente, ya que pese a los motivos que hay nadie sabe de antemano adónde le llevará el camino.

Cruzamos juntos el paso de peatones de la avenida Ethnikís Amínis al quiosco de Dímitra para avanzar en la calle Verginas, el lugar que recientemente se ha señalado como parking para motos. Justo ante la tienda “Frutas y vino” brilla al sol una Norton 500 cc. fuera de lugar y tiempo. Me parece increíble ver desde cerca una copia exacta de la célebre “La Poderosa II”, parecida a la que es joya del museo de Alta Gracia. El Che, subiéndose y dándole caña con decisión, saluda con el puño en alto y coge la cuesta arriba que conduce hacia la Avenida Stratú. Lo observo cómo sube con resolución y cómo se aleja constantemente, pero llevado por la alegría por la tensión del momento, pienso al final, con cierta pena, que no había previsto a tiempo inmortalizarle sobre la legendaria moto con mi nueva cámara digital con sensor de alta resolución.

⁴ Aldeas en el macizo montañoso de Ródope en el norte de Drama.

Bachelor's walk



Sale del hotel de Gardiner Street en dirección a la calle central. Saca del bolso la cámara de fotos y luego consulta el mapa. Tuerce a la derecha hacia la Talbot Street. Camina apresuradamente para no perder la luz. Se detiene para inmortalizar desde lejos la “Aguja”, una escultura contemporánea de 120 metros de altura. Ha leído su historia en la guía turística pero no la recuerda. Al final de la calle para de nuevo ante la oscura estatua que está cubierta con una manta que con toda probabilidad ha colocado algún alcohólico, teniendo en cuenta la botella de cerveza vacía tirada en su base. Lee el nombre: James Joyce. No le dice nada. Chapurrea en inglés a un transeúnte. Aquél le informa gustosamente de que se trata del destacado escritor que escribió la célebre novela “Ulises”. El fotógrafo, en pleno entusiasmo, clama: "I was born in the country of Odysseas. I am a Greek photographer. I won a trip to your country in a photo competition". "Congratulations. Have a nice stay" le dice el transeúnte y se retira educadamente.

El turista fotógrafo sigue su marcha manteniendo todavía la atontolinada sonrisa del orgullo nacional en su rostro y cuando localiza la avenida O'Connell fotografía de nuevo, esta vez en vertical, la “Aguja”, teniendo como fondo al cielo teatralmente nublado, y a continuación inmortaliza

una tras otra la fila de estatuas de la avenida central hasta llegar al puente homónimo. En la calle Bachelor tuerce a la derecha y sube por la calle peatonal para fotografiar la puesta de sol sobre las aguas, teniendo como primer plano el célebre puente Ha'penny (abajo el río Liffey avanza lentamente y en la dirección de siempre sus aguas frías).

Unos segundos más tarde, fuera de cuadro del turista fotógrafo, atraviesa el mismo puente de poca monta un señor relativamente joven, llamado posiblemente George o Daniel, llevando una cartera negra en la mano derecha. Con paso firme y rostro inexpresivo, no presta ninguna atención a la mano siempre extendida del mendigo, que se encuentra allí desde la mañana embutido hasta la cara en un saco de dormir azul. George o Daniel tuerce a la izquierda en la calle Bachelor con el mismo paso firme pasando simplemente la cartera a su mano izquierda, sin girar hacia ningún lado la mirada, ni siquiera hacia Poet's corner, la tienda embellecida por fuera con retratos y máximas de los más célebres poetas-escritores de Irlanda. No da un duro por las palabras de William Burtler Yeats, Samuel Becket, George Bernard Shaw, Jonathan Swift, ni siquiera por el exitoso "Toliveis the rarest thing in the world. Mostpeopleexist, thatisall" de Oscar Wilde. Por el contrario, dentro del BachelorInn, el señor entrado en años, que ha perdido a su esposa justo hace seis meses y tres días, está muy hablador. Para estar de cháchara con los clientes habituales, cada día pronuncia con una seguridad absoluta casi los mismos versos con pequeños cambios. Hoy repite por tercera o cuarta vez en los últimos diez días el dicho que representa su filosofía personal, de que en todos los fenómenos naturales tiene la culpa la velocidad del tiempo que aumenta el estrés de los afligidos inquilinos sobre todo de las últimas plantas.

Yo no quería participar desde el principio en esta heterogénea reunión, pero justo en este punto tengo que decir que doy más crédito a mi abuelo que decía "Que no te agobie el aire, es aire y se va, preocúpate por el dolor, y si tienes dolor, aguanta y pasa de él. Ale, vamos ya a segar el trébol para los animales". Por eso no murió mi abuelo, reflexiono, porque aguantaba el dolor, y algunas noches no tan oscuras le veo todavía, desde lejos, cavando la tierra, plantando, regando, y ordeñando fuera del redil a los animales

y hablando su lengua y ni siquiera se preocupa por cansancio si ha pasado la hora, si llueve o arrecia el viento. Y otra vez oigo solo su pesado paso en el enlosado y mientras se aleja en medio de la niebla haciéndose cada vez más pequeño y lo único que queda tras él es el humo de su siempre encendido cigarro y un bastón de madera que se balancea de un lado a otro colgado de las ramas de la morera.

Siempre me dejo llevar cuando hablo de mi abuelo y pierdo momentáneamente a George o Daniel, pero el turista fotógrafo da vuelta aún más cerca del puente Ha'penny, esta vez por la orilla de enfrente, donde empieza la zona de Temple Bar. Junto a su lado, a tres o cuatro metros como mucho, un hombre más bien de mediana edad, después de bastantes intentos fracasados, consigue sacar con su anzuelo un pez relativamente grandecillo, al que saca del anzuelo con profunda satisfacción y con la muestra de agrado de un chico de unos 12 o 13 años, que le observa curioso montado en su bicicleta. El pez colea un largo rato sobre el cemento, mientras el río Liffey avanza lentamente y en la dirección de siempre sus aguas frías.

Este hecho sería una buena excusa para registrar con palabras o imagen, de forma sencilla, como cuando miramos la luna y decimos no pasa nada, no es más que un balón iluminado al que le da patadas Dios cuando está de humor y rueda entre las nubes, pero el turista fotógrafo con la mirada atontolinada (más bien la tiene desde su nacimiento) tiene fijada su atención exclusivamente en las llamadas "bellas vistas", tanto que, quizás a causa de su origen mediterráneo, ignora esta instantánea más bien trillada que se desarrolla a casi un respiro de su presencia en el lugar.

El mendigo sobre el puente de poca monta (abajo el río Liffey avanza lentamente y en la dirección de siempre sus aguas frías) sigue estando casi en la misma postura, inmóvil como una estatua, con la misma mano tendida implorando la ayuda de la gente, pero muy pocos de ellos se agachan para comulgar con su diaria lucha personal por sobrevivir.

Más o menos a la vez, la silla del señor maduro se encuentra vacía en el café de los poetas. Siempre está vacía a esta hora, 33 minutos justo antes de anoecer –anochece tarde en junio en el norte, para alegría de todo

turista fotógrafo- porque el maduro cliente habitual debe regresar a su piso solitario mientras todavía haya bastante luz, ya que últimamente ha perdido mucho de su visión.

El chico de la bicicleta deja al pescador y sin ninguna causa concreta se dirige hacia mí. Sin dirigirme yo la palabra, me informa de que el pescador, junto con lo que aún está coleando en el cemento, ha reunido ya doce pescados en su cesta, cosa que ocurre por primera vez y que es su récord personal. "No he visto más que uno", le digo, para no rehuir la conversación, "y si este no expira no lo voy a tomar por seguro. Los once restantes ni siquiera los aceptaré como producto de la fantasía".

"Eres muy raro", me replica con cierto descaro el pequeño, "Mi abuelo tiene razón cuando me dice que no me fie de los desconfiados" "Tu abuelo puede que tenga su propia razón", le respondo, "pero también el mío, que había visto tantísimas cosas en su turbulenta trayectoria, decía que no confiaras ni en tus ojos. Como ejemplo el mar, que es incoloro pero parece azul, verde o grisáceo. Pero nosotros debemos aprender a vivir con la mentira, porque la verdad nadie la quiere, ni en la vida ni en la escritura. Ambos sabemos muy bien que no hay ningún pescador en esta historia, ya que en ese sitio concreto no está permitida la pesca y quizás ni siquiera existan peces comestibles en un río que fluye indiferente, en la dirección de siempre sus aguas frías". "Definitivamente eres muy raro", me repite el pequeño con certeza esta vez. "Normalmente no tendría que hablarte, ni hablar con desconocidos en general". "Para empezar no soy un desconocido cualquiera, sino el narrador omnisciente", le digo. Me mira con curiosidad. "¿Qué significa eso?" se pregunta "A nosotros en la escuela nos han dicho que omnisciente es solamente Dios". Muestro mi desagrado sobre la teoría escolar diciéndole que en este punto de la narración, en el que nadie sabe qué va a seguir, el Dios celestial no tiene ningún lugar y que cuando, buena-mente, crezca o tenga tiempo para empezar a leer libros extraescolares, lo comprenderá en la práctica y...

Me interrumpe antes de que acabe yo mi frase para pedirme tres euros con el fin de proveerse de leche para su padre, intentando convencerme señalando con la mano que se trata del mendigo embutido en el saco azul

sobre el puente. Dice con cierta intranquilidad que debe llevarle a tiempo a casa antes de que se quede congelado por el frío. Sonríe cuando le digo que no le creo, pero me convence su cara simpática y le doy un euro y medio. Le animo a que el resto se lo pida al turista fotógrafo que todavía no ha pagado nada y que ha almacenado un montón de imágenes en su cámara. El pequeño me hace caso y se acerca a él discretamente, pero aquél ni siquiera le presta atención. Cambia la lente y de dirección, dirigiéndose a las calles de pubs tradicionales en los callejones de Temple Bar.

Desde el principio me he puesto nervioso con sus movimientos. Si yo hubiese estado allí cerca poco antes, le empujaría al río y esto sería liberador para un río que avanza por siglos de forma monótona y en la dirección de siempre sus aguas frías. No le habría dejado colocar la cámara, ni para sacar al rojísimo pub más viejo que dio su nombre a toda la zona, ni a la guitarra del virtuoso de blues Rory Gallagher en la pared, ni en Suffolk-Street a la estatua de Molly Malone (ha acercado tanto su mirada indiscreta al busto deteriorado de tanto manoseo, que no se ha dado cuenta de que los doce peces habían empezado a revivir en su cesta). Ni siquiera en Grafton street le permitiría fotografiar a los malabaristas callejeros y cuanto menos a los músicos de la calle que ha inmortalizado con repetidas tomas, sin gastos, sin echar una moneda ni siquiera una vez. Parloteo sin ninguna razón especial sobre el que parecía el turista extranjero más tonto y George o Daniel se ha alejado hace ya largo rato de Bachelor y camina a lo largo de Capelstreet haciendo su habitual parada en el número 33.

Una figura femenina podría encontrarse allí para cambiar un poco esta sosa sucesión de hombres solitarios, pero también ella está ausente en un largo intervalo de tiempo, o más bien dejó para siempre el piso de la capital para instalarse, visiblemente desencantada por el desarrollo de los acontecimientos de su relación en Galway, Limerick, en Corck o en otra parte, solamente ella está en situación de saberlo. George o Daniel, pese a que ha vivido desde hace tiempo este desagradable, y más para él, desenlace, siempre cuando pasa por allí sigue llamando al timbre tres veces insistentemente, y cuando se asegura de lo que ya conoce, es decir, que nadie le va a contestar, y mucho menos abrirle la puerta, continúa con visible

desengaño en la cara su camino hacia su propio piso. Sube malhumorado los escasos escalones hasta la primera planta y abre con llave manifiestamente más cansado desde el momento en que dejó atrás su aburrido trabajo. Deja, como siempre, que la cartera caiga al suelo y se dirige hacia la nevera. Abre la puerta del frigorífico, más para hacer algo, cualquier cosa antes de acostarse, que para preparar o encontrar algo que comer. Por otro lado, en el frigorífico durante mucho tiempo no hay ni siquiera lo más básico. Algo de mantequilla, medio litro de leche caducada hace tiempo y dos frutas pasadas cuya superficie se ha arrugado tanto que ni siquiera distingue su identidad. George o Daniel, sin tocar nada, cierra la puerta del frigorífico y sin ninguna expectativa se desploma aún vestido sobre el sofá. Desata ligeramente solo la corbata, que cuelga a destiempo pero muy armoniosamente hacia abajo, siguiendo la psicología de su dueño. El reloj en la pared se ha parado en un punto indeterminado cerca del número 12, ya sea del día o de la noche, indiferente tras la ausencia de ella.

Nadie sabe qué tuvo la culpa. Quizás aquel día maldito (para los demás otro más de los habituales) o más bien noche durante el rato de ocio en el pub, cuando George o Daniel tomó algo más de cerveza de lo acostumbrado y ella echó una mirada algo más lasciva al joven con el tatuaje en el brazo que bailaba sensualmente frente a ella, quizás porque rio mucho más intensamente que otras veces en la conocida canción rítmica que describe a un pobre borracho a quien su esposa le pone los cuernos uno tras otro, pero ella le toma el pelo constantemente subrayando con seguridad que no es lo que él cree y que simplemente ve fantasmas. Quizás tuviese la culpa la lluvia insistente y las ventanas que permanecían cerradas durante días en el piso, las pastillas antidepresivas que ya no tenían la misma efectividad, o al final lo más posible o lo más creíble, al fin y al cabo, que es difícil que dos personas o dos personas concretas lleguen a un acuerdo y que les gusta herirse el uno al otro con o sin causa particular, hasta que el más fuerte se vaya un día, y entonces el otro, al comenzar a entender qué hizo o qué no hizo, qué ignoró o qué le falta, caiga a las plantas más bajas de la desesperación, y si ahora se encuentra en la primera, es de nuevo cosa de la suerte (siempre hay una más abajo) tener un lugar propio para

desesperarte o para pensar que tendrías que haber dado más de lo que esperabas recibir, que supieras tratar mejor a los subordinados, a los gatos, a los perros callejeros, a los que te sirven con amabilidad, a los transeúntes desconocidos, a tu compañera, a tu propia persona para que siempre tengas algo que no haya caducado en el frigorífico, para quitarte el hambre, la sed, la inacción, el desencanto...

La fecha real en este momento es el 25 de junio de 2013 y la hora la 1 y 29 minutos exactamente después de medianoche. George o Daniel sigue durmiendo en el sitio en donde se había recostado en el sofá, con el traje y la corbata colgando hacia abajo...el maduro cliente habitual del pub The BachelorInn se encuentra ya en el nebuloso sueño, con el viento arrastrando todo su pasado hacia el oeste..., el mendigo con el saco de dormir azul duerme también en el suelo de una casa casi en ruinas con la mano derecha levantada por la costumbre diaria..., el chico de la bicicleta en otra casa, más bien de su abuelo, bosteza frente a la tele sobre una butaca desgastada y está casi listo para hundirse en un sueño sin preocupaciones..., el pescador, si existiese, se habría dormido antes que todos..., el turista fotógrafo en la habitación del hotel, boca arriba, con las manos cruzadas como un muerto, ronca y su aliento apesta a ajo por los dos kebabs que se ha zampado en un momento en el que la narración vagaba por otros puntos de la ciudad... mientras el supuesto narrador omnisciente es el único que trasnocha sin razón o más bien por el hecho de que no sabe cómo acabar una simple o insignificante historia cotidiana: con un giro impresionante o así como del mismo modo fluye desde el principio, a trompicones y por completo deslavazado. Exactamente en este punto lo único seguro que está por interrumpir tranquilamente o violentamente el flujo de esta narración, es que el río Liffey avanza imparable lentamente y en la dirección de siempre sus aguas frías.

Leto



Fuimos de paseo al parque. El perro ladraba a los patos. Una señora madura con andador nos dio los buenos días. No habló nadie más. Avanzamos hasta los pies de la colina de Korílovo⁵. El pequeño Paletto ladraba a los practicantes de ala delta que aterrizaron sin gracia en el duro suelo.

Regresamos casi por la tarde. A la misma ciudad, al mismo barrio de Ambelokipi. Entre 33 nuevos bloques de casas. Leto ladró de nuevo a dos chicas sexy con pantalones cortos en bicicleta. Con movimientos sincronizados de los muslos. Me senté en la acera. Leto me tiraba con insistencia para entrar en el patio. Le llevé, comió, bebió un poco de agua, se quedó frito.

Salí de nuevo afuera. A la misma calle. Sin rumbo, sin ninguna obligación. Sin haber previsto nada. Como ayer. Como desde hace 33 años. Cuando la calle se asfaltó en dos fases. Primero la grava, luego el alquitrán y el vehículo que la atravesó primero. El motocarro de Tsartsábalí. El vendedor ambulante que comía crudas las sardinas para convencernos de que eran frescas.

⁵ En cuyos pies se extiende la ciudad de Drama.

Un camión frigorífico con helados dibujados en su parte trasera pareció por un momento que le que cerraría todo del lugar. El vacío del cruce. Haciendo menos visible su propia debilidad. Nada que ver con esto. Como si no hubiera existido nunca. Sin conductor. Sin neumáticos. Me acordé de la morena en la estación. Poco antes de la salida del tren nocturno. Te perseguirá la propia realidad, había dicho. O algo así.

Las dos ciclistas volvieron de la misma dirección en la que se habían alejado. Sin sus sexy pantaloncillos. Sin sonrisa. Con unos trajes largos coloridos que se mezclaban armoniosamente entre las ruedas, creando un cuadro pictórico en continua transformación.

Leto se despertó. Corrió hacia la puerta cerrada. Ladraba sin parar. Ninguno de los vecinos se molestó. Ni siquiera los ariscos del bloque de tres plantas de enfrente. Solo el viejo Pantelís apareció con su grueso e improvisado bastón. Se detuvo cerca. "Finalmente hay Dios", dijo. No le respondí, "Si crees en él", continuó, "entonces existe". Avanzó lentamente con gran dificultad hacia la panadería. Regresó con inexplicable rapidez. Sin trastabillar. Sin su bastón. Con dos baguettes, una en cada mano. Pasó ligero, casi etéreo. Cambiando los dos panes como un prestidigitador de una mano a otra. Con absoluta exactitud. Mientras yo creyera en esta alternancia, no había ninguna posibilidad de caída. Leto dejó de ladrar por fin. O eso me pareció. Abrí la puerta y salió. Corrió con una velocidad vertiginosa, en dirección contraria a la del viejo Pantelís. El camión con los helados dibujados cerró de repente todo el horizonte. Sin moverse, no más allá de unos centímetros. Sin el conductor, sin ruedas. Una cola interminable de coches parados. Pitidos descoordinados. Unos pocos vecinos curiosos. Uno en cada balcón. Y todos mirando hacia abajo. Con una vela encendida en la mano en pleno mediodía. El pequeño Leto se aleja cada vez más de la casa. Él solo atraviesa la calle. Hacia Kallífitos, Makriplági, Rétsenik⁶... jadea por el cansancio, pero no se vuelve atrás. Se abalanza sobre el perro salvaje de Nedelkos. Se dobla su pequeño cuerpo. Cae lentamente al suelo con el collar ensangrentado. Sin nadie junto a él en su último momento.

⁶ Aldeas al noreste de Drama.

Dentro del ataúd, el viejo Pantelís callado, como le ha pegado ser en toda su vida. Las dos baguettes todavía en el aire, se intercambian armónicamente. Ante sus manos cruzadas, nueve, no más, contados con los dedos. Conocidos del café. Ningún pariente.

La dos ciclistas a distancia, mucho más detrás, vestidas de arriba abajo de negro. Con fulares rojos parecidos. Esta vez sin los pies en el pedal. Con las bicicletas al costado. Y las ruedas girando hacia atrás, al revés del tiempo. Mi madre deprimida. Refunfuña por el travieso perro callejero. Que lo cuidamos en vano. Que lo alimentamos y no quiere irse. Que lo suelta donde sea en el patio. Que estropea el jardín. Yo más atrás. El primer día. Gritándole que entre y que no se mueva un palmo. Hambriento. Mísero. Asustado. Con su voz cada vez más apagada. Bajo la leñera. Sin nombre. Sin pedigrí.

El viejo Pantelís había venido como refugiado de Asia Menor. En aquel entonces de mediana edad. Desconocido entre desconocidos. La primera vez lo descubrí por casualidad. En algún extremo del vecindario. En un camión abandonado sin ruedas. Lo utilizaba como vivienda provisional. Un catre gastado, dos mantas y un marco colocado en un rincón con la fotografía de sus padres.

Estas eran todas sus pertenencias en aquella época. "Nada más ideal que la memoria. Nada más terrible que la memoria" me había dicho. "Creas lo que creas de las dos cosas, es a la vez verdadero y falso". Las primeras frases que escuché de su boca. No había entendido nada en aquel momento. Apenas yo tenía doce años. Repetí yo simplemente lo que decían los demás, que lo evitaban sólo porque vivía solitario en ese cacharro sin ruedas. "Estará ido el pobre. Dice lo primero que le viene". Le gustaba mirar largo tiempo a las muchachas que pasan sonriendo en bicicleta...

Abraj



La sabia noche, no habla, da paso a los grillos. El pueblo, como antes, escalonado a los pies de la colina. Apenas una luz en la columna, y esta sometida al paisaje desértico. Tengo que hacerme cargo. Descolgar su bastón de la morera y llevarlo al pueblo. Los cielos fascinan, pero abajo florece mientras resiste la vida, y las zarzas cubrieron por completo el arado y el carro en el patio. Solo el abuelo en el umbral de la ruina de la casa se sienta en un tocón. Apenas se distingue la punta del cigarro y sus ojos humedecidos por los recuerdos del 22.

"Ven, acércate, ¿a qué te sientas enfrente como una pala abandonada?" me dice en griego con su ronca voz asmática. Me da miedo acercarme, no porque no me habla en turco como antes ni porque lleva años muerto, sino porque no sé qué contestar. Si debo preocuparme por el frío que penetraba siempre por su espalda, si al final tengo que hacerle un buen café o *caibé*, para no confundir el azúcar con la sal (la última vez le puse una cuchara llena) y cuando me dice *tuzlú* (salado), para que yo no lo confunda con *tatlú* (dulce) y encima le regaño por su razonable protesta.

No doy un paso hacia él. Para salir del *impasse*, propongo que vayamos por la mañana temprano a cortar leña en el monte, el Karaagaç, para el invierno. "Lo que tienes no te llega ni para dos semanas", le digo. "¿Dónde tienes atado el burro?"

Se ríe a carcajadas el abuelo, sin ahogarse por la tos, y su risa resuena hasta el barrio de arriba. "No tengo burro, no me hace falta, se lo he regalado a Dimitrós el de Tsinikler", dice y empieza a contarme por centésima vez aquella historia de Nasreddin Hodja que quería acostumbrar a su burro a comer poco y todos los días le daba cada vez menos comida.

Hago como para reír y me corta. "No te rías", me dice, "es un pecado dejar a los animales hambrientos y a las personas sin compañía". Doy dos pasos adelante y pongo el magnetófono en pausa. Quiero, pero no me atrevo a pedirle cantar con su extraordinaria voz por lo menos una de aquellas canciones que no alcancé, o más bien no preví a tiempo, a grabar. Dos veces le cogieron prisionero los turcos. La primera empezó a soltar una tras otra cuantas ciudades conocía del norte: Batumi, Sujumi, Novorosiisk, Ekaterinodar⁷... Le tomaron por ruso y le dejaron marchar. La segunda vez ordenaron a dos soldados que lo llevaran a un punto solitario para fusilarlo. Por el camino el abuelo cantó la canción más triste en la lengua materna de ellos, que acababa con la frase: "No me mates antes de que llegue mi hora...". Se conmovieron, los turcos se quedaron hechizados por su voz, echaron a llorar y lo liberaron. Una voz que no se encuentra. Cuando vino a Grecia cantaba sin micrófono en un buen local en Drama. La gente lo ovacionó. El dueño le pidió que se quedara en la orquesta. Pero él tenía que volver al pueblo.

"Ya no canto más", me dice, "ni cuento historias de mis tiempos que, cuando erais pequeños, pensabais que eran cuentos. Lo que has oído, oído está. Y para que lo sepas, la voz que viene de dentro es para que se la lleve el viento. Ningún aparato puede aprisionarla".

Qué diablos, pienso por un momento. ¿No basta con que el abuelo dejara el turco cerrado que hablaba toda su vida y los innombrables insultos, se ha transformado completamente y suelta frases filosóficas?

⁷ Ciudades del este del Mar Negro pertenecientes a Georgia y a Rusia. Ekaterinodar es el actual Krasnodar de Rusia.

"Traje pasta, *kachamak*⁸, *gulajía* y yogur casero", le digo para cambiar el ambiente. Abro el paño y se lo enseño. "Está todavía caliente, madre lo ha hecho hace un momento" "Tu madre" me dice de forma brusca. "Yo siempre fui huérfano y sirviente de los turcos desde los once años. Y desde los cincuenta sin mujer, lidiando con cinco niños". Mete el dedo para ver si está espeso el *kachamak*. "A la *gulajía* le falta un poco más de mantequilla", dice, "y el yogur no ha cuajado bien. Vuestra madre también ha envejecido, es vuestro turno ahora. Deja aparte la comida. ¿Has traído cigarros? Los médicos me han dicho que no fume. Que se vayan a la puñeta. Fumo desde los quince y tengo que tener una razón clara aparte de mi aburrimiento para morirme".

Le lanzo a los pies una cajetilla sin filtro, Pentari. La recoge, la acaricia por fuera, la huele y se ilumina su cara. "No había huevos para traerte. Ahora las gallinas no ponen por el frío", digo. Mueve la cabeza desencantado. "Dile a tu madre que las mantenga en caliente y pondrán todo el año. Mañana no vamos a ir a por leña, vamos a que te enseñe cómo labran el campo, para que te enteres que no todo está en los libros. Dile a Lefteris que afile la reja y que desde el amanecer les dé de comer, de beber y estén ya uncidos los bueyes en el arado. Coge una toalla para el sudor. Me he enterado de que el otro día te ha dado tortícolis de nuevo".

Pero no digo qué bueyes, qué arado, para que no se me enfade. Eso solo está en la fotografía del álbum de mi tía Eugenia en Kato Nevrokopi⁹. Que el abuelo ni siquiera la vio. Allí posa junto a un Lefteris joven, con unos pelos hasta aquí. Me costó trabajo reconocerlo.

Hago por irme antes de que encienda otro cigarro. Temo que le dé otro golpe de tos de repente y que empiecen a caer de nuevo los cascotes y los pedazos del tejado en la casa. Y menos mal que no me pidió ventosas, porque no sé dónde las hemos metido. ¿Y quién se las va a poner ya en el pueblo? Quedan cinco o seis vivos, y ni siquiera se hablan, pero la mayoría

⁸ Comidas típicas del sureste europeo y del oeste de Asia. La primera a base de harina de maíz, mientras que la segunda es una especie de cocido con carne de ternera, patatas y algunas legumbres.

⁹ Pueblo en la meseta del mismo nombre en la frontera de Grecia con Bulgaria.

están de acuerdo en que a Abraj no lo honramos como se merece. Hablan mal de nosotros por no poner mármol en su tumba y no la vallamos con rejas. No aguanto tantas minucias. Para qué le van a servir los mármoles en el pecho a Abraj y las rejas alrededor para que lo obstaculicen, para que no pueda cruzarlas, y se rompa alguna pata y tengamos lío. Lo único que le hace falta es el bastón. Ahora que cortamos en la ciudad la enorme morera -allí estaba colgado-, lo aparté para traerlo. Y su tradicional tambor agujereado me lo guardé de recuerdo. Lo voy a arreglar, para que no se queje de que no sé manejar nada que no sean los libros.

Pruebo la *gulajlía* que ha sobrado. A mí me parece estupenda. El yogur perfectamente cuajado. Apenas lo probó y enseguida sacó su conclusión equivocada. El encabritamiento y el tic no cambian.

"Ay viejo atravesado", digo "no tienes arreglo, ni falta que hace. Me acostumbré a verte así. Y aunque me mandes al carajo y me digas "Abratinisikim", paso, me importa un bledo. Joder, yo también llevo tantos años en vano en los pupitres".

